

EL PASILLO O LA CANTINA, VOZ Y APALABRAMIENTO

(EL SER DE LOS ANDES)

UREIRA MARCELA VALENCIA ENRIQUEZ

ESTUDIANTE XII COHORTE

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA

MAESTRÍA EN ETNOLITERATURA

SAN JUAN DE PASTO

2018

EL PASILLO O LA CANTINA, VOZ Y APALABRAMIENTO

(EL SER DE LOS ANDES)

UREIRA MARCELA VALENCIA ENRIQUEZ

ESTUDIANTE XII COHORTE

ASESOR:

DR. JHON BENAVIDES

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA

MAESTRÍA EN ETNOLITERATURA

SAN JUAN DE PASTO

2018

NOTA DE RESPONSABILIDAD:

"Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado son responsabilidad exclusiva de su autor"

Artículo 1 del acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

JURADO

JURADO

JURADO

ASESOR

SAN JUAN DE PASTO, NOVIEMBRE DE 2018

DEDICATORIA

A la memoria de mi tío Javier Armando, música que sigue acompañando mi corazón. Voz que habla en aquellos espacios donde el recuerdo desea volverse silencio, reposo o quizá el grito de la poesía.

AGRADECIMIENTOS

Mis más profundos y sinceros agradecimientos:

A la vida, a la bohemia, a la noche y su esplendoroso pecho.

A mi madre ADRIANA ENRÍQUEZ a ella todos los cantos de la tierra, todas y cada una de mis palabras, es su verbo sublime creación. Por estar siempre conmigo, pues el estar es más grande que el ser.

A mi padre FERNANDO VALENCIA buen compañero de filmación y disertación.

A ISABEL CORAL, que desde su memoria que no duerme, me ha inspirado la redacción de su estancia musical en la tierra.

A la “POLITA” por recibirme en su establecimiento y dedicarme largas horas de su conocimiento y conversación.

A los MAESTROS JHON FELIPE BENAVIDES, JAVIER TOVAR, quienes con su inefable luz han hecho posible la realización del presente trabajo de tesis.

AL MAESTRO JULIO GOYES, Apalabramiento de Quinde, vuelo sutil que permanece siempre.

AL MAESTR JAVIER RODRIZALEZ, por su dirección de la Maestría en Etnoliteratura.

A MARINO CORAL, músico y compositor, quien me abrió las puertas de su corazón y su hogar, moradas donde mi alma se alimentó de su memoria familiar. Por presentarme a sus amigos Fanor Cabezas, Javier Benavides, quienes de manera generosa me brindaron la oportunidad de filmar las entrevistas encausadas a relatarme sus experiencias en el Bar Rio Nero y Rincón Porteño, clientes constantes de la Señora Isabel Coral. Además por ofrecerme junto con su hermano Armando la dádiva de llegar al sitio donde reposa la gran colección musical que deja la “Chavita” y darme su anuencia para filmar este sitio sagrado para ellos y su familia.

A ARMANDO CORAL, hijo de Doña Isabel, por contarme sus historias en los establecimientos de su Señora Madre, Doña Isabel, por la generosidad de su voz, por su sencillez humana y cálidos encuentros.

A mi amigo CHARLIE, por su amistad incondicional, estrella que seguirá brillando en mi corazón y a mis amigas VANESA, LEIDY y CONSTANZA fuerzas femeninas creadoras de porvenir.

A MIS PROFESORES Y COMPAÑEROS DE LA MAESTRIA ETNOLITERATURA

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	10
Capítulo I: Alborecer: La Vida y La Cantina.....	16
La Cantina Como Texto Y Memoria.....	34
Capítulo II: Vibrar Y Quebranto	44
Capitulo III: Reminiscencias, Sol de Odonatos	68
Bibliografía	96
Anexos	98

RESUMEN

El Pasillo o la Cantina, Voz y Apalabramiento es una propuesta que nace de una inquietud muy personal acerca de la música cantinera y la misma cantina como centro de confluencia de la comunidad y su sentir. La memoria, la oralidad-música, las narrativas y las vivencias personales conllevan a buscar respuestas éticas entre la historia de la comunidad andina, su melancolía particular y en últimas la resolución de la vida misma cantada cotidianamente en la voz de Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas y todos los representantes y demás cantores de esta música sentida.

La parte narrativa (oralidad) toma especial relevancia en el pensamiento Andino y por ello en el presente trabajo.

ABSTRAC

The hall or the canteen, voice and agreement is a proposal born of a very personal concern about the cantine music and the same canteen as the center of confluence of the community and its feeling. Memory, orality-music, narratives and personal experiences lead to searching for ethical answers between the history of the Andean community, their particular melancholy and in the end the resolution of life itself sung daily in the voice of Julio Jaramillo or Olimpo Cardenas .

The narrative part (orality) takes on special relevance in Andean thought and therefore in the present work.

Introducción

El texto propone recorrer la música, los sentimientos y sensaciones enclavadas en la melancolía y las secuencias paradójicas que naturalmente nacen en la cantina. Las diferentes narrativas que se crean en ella y su música, espíritu del lugar, abren interrogantes que buscan explorar y transitar en las construcciones populares del pensamiento Andino (la oralidad, la identidad, la imagen, las alternativas de conocimiento y de creación), finalmente un mundo cantinero que se embebe de música, de recuerdos entristecidos en lo propio y lo ajeno.

Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas y el dúo Benitez y Valencia serán la melodía que como antesala servirán de apoyo a la lectura de aquellos mapas del imaginario del meridiano andino que conjugan tramas cotidianas en las epistemes socio-culturales. Estas cercanías de la experiencia abren el hermetismo del sistema lógico occidental, sociologías comunales que se gestan en la embriaguez y procuran estampas musicales con matices de melancolía, testimonios que reescriben la historia y sin proponérselo narran la memoria y sus profundos encuentros y desencuentros con el poder.

En últimas es el encuentro con el otro, aporías mediadas por un sistema a veces lleno de intrínquilis, a veces lleno de sensibles flores, no obstante con sus bondades y a pesar de lo intempestivo que justamente hace que en la cotidianidad se revelen y devengan epifanías, movimientos de la memoria, danza con la vida, destellos que se fulminan al escuchar una canción, al levantar una copa, al brindar y sentir el trago dulce o amargo frente al otro, rostro que devela.

El cuerpo social entiende entonces la poética de Julio Flores que en clave de romanticismo popular y como bien reclama su prosa en los cadenciosos arreglos de Olimpo Cárdenas con su

suave y cantinera melodía: “Ellas son mis dolores capullos hechos/ con intensos dolores que en mis entrañas,/sepultan sus raíces, cual los helechos/en las húmedas grietas de las montañas” (Florez, 2006).

¿No es la música la metáfora del pecho abierto? ¿No es entonces esa voz poética la que abre el sentir en sí mismo y con ello formas de vivir la existencia? Cuando la noche muere y destellan blancos rayos de luz, el amanecer llega, ahí es cuando el telón musical abre paso a Olimpo, a Julio y a los Benítez; ese universo que de ahí emerge narran un sentir comunal, la naturaleza social y los testimonios de vida contada una y otra vez a ritmo de pasillo; en las bocanadas de tabaco, y en las escenografías donde los actores sociales improvisan el último guion de la bohemia.

Hay horas y momentos, pistas que a bajo tono susurran palabras dictadas por las musas, pero igualmente suscitadas por las angustias, amores y avatares. Un brindis, una risa, un grito lejano, una copa que cae, el estrepito de las sillas y la euforia de uno que otro borracho tambaleante en su cuerpo y pensamiento, Olimpo Cárdenas cantando confirma “tu duda y la mía” en los relatos de bohemia. Estilo de vida en la embriaguez literal y metafórica que este escrito pretende andar en los nudos de un embriagado universo. En fin, epílogos de bohemia donde se llora la vida “fatalidad sino cruel que en mi rodar se llevó, el más valioso joyel que mi ilusión abrigo, el calor permanente de un cariño, que ávido como un niño, de ti tanto espere.” Encuentros que abren la flor del tiempo y la euforia de la noche, narraciones que se ocultan a la luz del día en las palabras virginales del “nocturno de celaje deslumbrante” (Martínez Smart, 1956).

El pasillo o la cantina se lee en el espacio soberbio de la bohemia, a través de las narrativas imaginadas en el pensamiento popular, ideas y saberes que contrastan múltiples formas de pensar que van desde la privación creada por el sistema predominante, hasta la afirmación de la misma vida en el mero estar de la cotidianidad. Relatos que contravienen a los conocimientos académicos, sublimizan el vivir y el sentir de manera que sus poéticas nos acercan más a literaturas mágicas, las cuales reavivan el sentido sabio de humanidad.

Se hace urgente resistir desde la academia misma, creando y actuando en pro de los que fueron acallados por el ruido infranqueable de “la modernidad”, proponer alternativas a las víctimas del mercado que aún encuentran alivio en el recuerdo, el romanticismo, la bohemia y las narrativas musicales nocturnas. Puestas en escena que se construyen en la resistencia, en la tenue denuncia que en sus prosas en vez de gritar por su dolor, lo cantan.

Este texto elaborado como promesa personal en los vestigios de la memoria, exploró caminos alternos a las tradicionales teorías sociales de la epistémica establecida. De ahí que me haya dejado guiar por la experiencia cotidiana, la participación vital y activa inspirada en la propuesta del maestro Fals Borda y en lógicas de la interpretación sujetas a mi intuición, las cuales me han permitido dilucidar la intersubjetividad que existe en los estados de melancolía y embriaguez, vía posible para romper relaciones jerárquicas que se reproducen en la relación sujeto-objeto y construir otro tipo de relaciones más allegadas mi propio sentir.

El bar hoy conocido como “Los chavos” y sus antecesores, Rio Nero y El Rincón Porteño en San Juan de Pasto, emblema del suroccidente colombiano han perdurado en el tiempo y por tanto en el espacio urbano como tesoro de la memoria y acontecimiento contestatario al régimen moral y conservador en el cual se desenvuelve esta región. De ahí que el texto encuentre

mundos posibles, espacios generacionales narrados por quienes de una u otra forma hicieron que su natural vivir se convierta en una quimera alcanzable en la experiencia y en las anarquías existentes de la bohemia.

Es ahí donde suenan las significativas canciones de Julio, Olimpo, el dúo Benitez y Valencia entre otros, quienes manifiestan y denuncian a través de relatos nacidos de la periferia: injusticia, desamor, pobreza y rebeldía. Memoria y recuerdos depositados como añoranzas que atraviesan el sentir andino en los nudos de su pulsión.

Se trata entonces, de encontrar en los hechizos de la cantina, el relato que es capaz de hablar, de contar y sensibilizar una voz propia enriquecida por el legado de la experiencia, por los campos abiertos o cerrados, por las expectativas que se abren o se niegan en un mundo hegemónico permeado de soledades, de fracasos, incluso y para ser más preciso en las angustias del vivir. Las vivencias del tomador hacen huella cuando cae la noche y la alborada manifiesta que la velada justifica el nacer del nuevo sol, metáforas del espíritu, esperanzas del vivir, es decir retornar al día, a la vida. Acontecimiento que yo llamo: Alborecer; la vida y la cantina.

Lugares de apertura y dilatación que me permitieron reconocer y encontrar en el pasillo una paradoja literaria matizada de políticas éticas; de tal manera que describe el sentir, el vivir y el conocer del ser humano en las crecientes memorias de lo andino originarias en la alborada de los tiempos andinos y que aún perviven en este mundo moderno. En consecuencia el hombre de estas tierras reconoce su mero estar que se lleva de la mano con sus emociones en tanto son el mismo existir, en palabras de Kush: “El pensamiento popular constituye antes que todo una situación óptica cristalizada en una afirmación ética” (Kusch, 1976, pág. 10)

Las letras de estas canciones poéticamente escritas nos cuentan en un lenguaje que se escapa a lo culto o a lo popular, prosas tan solo posibles en la compañía de la música. Ontología andina si se quiere, un ser de los andes que silva como el viento en una celebración mística que en las turbulencias del agua, vibra hasta llegar al quebranto, lluvia andina entre los páramos, resultando un capítulo que denomino: Vibrar y quebranto.

Hago mi propia catarsis de vida a partir del amor entrañable que me dejó el tío Javier Armando, un poeta y bohemio que tenía una infaltable cita con el aguardiente cada ocho días, la que empezaba en la tienda de don Lucho y terminaba en la intimidad de su hogar. Historias de vidas personales que abrieron mi entendimiento al por qué de la censura del sentir propio de los andes, nostalgia nacida del destierro y la búsqueda del territorio perdido, este capítulo se llama: Reminiscencias: Sol, de Odonatos.

Doña Isabel en el bar El Rincón Porteño poniendo los viejos acetatos de 45 revoluciones, de la RCA Víctor o el sello amarillo inconfundible de Discos Fuentes, con “el pucho de la vida” interpretada por Asucena Maizani, “Cambalache” de Julio Sosa. Su hija y heredera Rosario Coral “Chavita” en el bar los Chavos, en sus viejos anaqueles de discos y antigüedades, buscando “Rebeldía” de Olimpo Cárdenas, don Rodolfito escuchando a tono suave “Cuando llora mi guitarra” de Julio Jaramillo. Todos ellos contando relatos que vivieron y escucharon de los bohemios de antaño quienes tomaban y recordaban de manera vehemente sus dolores, alegrías y tragedias. Finalmente, narraciones que recrean textos que no son sino un vivir cantinero a ritmo de canciones prosaicas, voz y apalabramiento del ser de los andes, espacios y movimientos en la combustión de la vida y del pensamiento popular.

El presente trabajo titulado el pasillo o la cantina, voz y apalabramiento (el ser de los andes) será el resultado de experiencias etnográficas, de relatos ajenos e íntimos en los que he encontrado posibilidades filosóficas para entender mi propio estar que finalmente también es el del otro.

Capítulo I: Alborecer: La Vida y La Cantina



Ilustración1: **Charlie García**, La Chavita en su Rincón Porteño. San Juan de Pasto 2018

Lo que en realidad se escucha es el silencio interior sin tiempo, el silencio de los comienzos. Sin embargo, frente a ese indecible no hay otra forma de decirlo, de contarlo, de crearlo, que no sea recurriendo a la “palabra encadenada”, a su simulación rítmica y sonora, así esta no tenga.

Julio Goyes

Transitar de nuevo entre los recuerdos, transitar en los espacios en los que me guía el olor de su pelo, regresar al taburete en el que perdí tantos amores y gane tantos amigos, regresar sin más a las historias de amor de mi abuelo (aquellas que el desengaño repite en mí), a la bohemia enseñada a pulso por mi tío, al quebranto de la voz cuando narro y canto sus memorias, a ese lugar que guarda sin querer a mis antepasados, mis más profundos desencuentros históricos, mi vida en una sola mesa, en una sola canción. Así, con el corazón en la mano, cual si estuviera frente a Osiris: esperando que mi corazón pese menos que una pluma y el alma abierta de par en par, regreso a la Cantina.

Es en esta coyuntura que entre otras tiene un lugar, un espacio, en la que aparece el quebranto de la existencia individual, se abre como una flor la existencia o el estar de mi comunidad. La cantina escribe las páginas de la historicidad, configura un mapa que a partir de la música y los recuerdos recorre rutas del tiempo y estaciones del alma. ¿Cómo olvidar que detrás de la cantina hay una historia comunal, y que más allá de lo regional narra el sentimiento todo de la América Latina? ¿Cómo olvidar los tragos que compartí con mi tío, con mis amigos, con mis primos, donde aprendí una y otra vez a escuchar y sentir el dolor que embarga, amarga y endulza, a mí y a los demás? ¿Cómo olvidarte Charo (Chavita)? Usted mujer-música, silencio y compañía, acogedora entre tu reino único de ditirambos y de fabulas.

Lo que quisiera en estas páginas es traer la vida fugada en la adversidad, vidas inmanentes en las memorias disminuidas, volver visible lo que para sabios y dioses es transparente sin embargo, como humanos lo invisibilizamos: el bar Los Chavos, la cantina de la Polita, la Rosita de los Dos Puentes, la Claudina en Caracha, mujeres emblema de estos paraísos, flores nocturnas que embellecieron la noche y el alba, protagonistas de esta historia, en estos lugares donde agenciaron y asistieron el mundo de quienes agobiados por sus penas encontraron la patria emocional perdida por las cosas inherentes a la vida. Madrinas que ofician la vida casi sin saberlo.

Quizá la cantina tenga una historia mucho más inmensa y probablemente también venga de Europa, pero este encuentro -mi comunidad y mi individualidad/ la comunidad y la individualidad- comienzan en 1935 en Ipiales- Nariño o quizá aún antes, en Aldana y como toda buena historia, con una mujer: Isabel Cora.

Hay lugares, personas, seres, que detonan su misma etimología, su propio ser; digamos son potencia que habita y abre su nominación. Hay sentimientos, historias y melancolías que trasmutan lo simbólico hacia la posibilidad del ser, del estar. El Rincón Porteño antes llamado Rio Nero y hoy conocido como “Bar los chavos” será uno de los ejemplos, emblemáticos e históricos de nuestra montañosa región además de pertinente para hablar ello, si bien caía bajo el estigma de la “cantina” será este lugar único, el que realmente marque la dinámica del pensamiento, conocimiento, conciencia y reunión de la comunidad pastusa, nariñense y por qué no colombiana, en este sentido me refiero a tan altivo lugar sin llamarle cantina, pues como veremos más adelante no sólo revolucionó la cultura sino hasta la misma ética y estética planteadas por las cantinas de la época.

En Aldana, 1915 nace quien será la posibilidad de la feminidad y la música, el conocimiento y la bohemia, la melancolía y la compañía, ella: la vida misma: Isabel Coral. ¿Quién más entendido para administrar el sentimiento sino la mujer? ¿Qué es el conocimiento, la cultura o el amor sin el cuerpo femenino? ¿Y al final de cuentas, quiénes somos todos sin la dulce amargura del útero? En 1935 la gran Isabel Coral en los albores de su vida, guiada por su fino oído y la pulsión de la vida, inaugura en Ipiales una cafetería singular como ninguna, y no era el pan de maíz el que la hacía tan revolucionaria, sino más bien y con todo el peso de la femineidad; la música:

Mas, ¿quién era esa alta, trémula mujer en el salón profundo?,

¿quién la bella criatura en nuestros sueños profusos?

¿Quizá la esbelta beldad por quien cantaba nuestra sangre?

¿O así, tan joven, de luz y silencio, nuestra madre?

O acaso, acaso esa mujer era la misma música,

la desnuda música avanzando desde el piano,

avanzando por el largo, por el oscuro salón como en un sueño. (Arturo, 2000, pág. 36)

¿O como bien versa Arturo, florecería Isabel Coral con la mismísima música? Si existiera un mundo para llegar a Doña Isabel, sería solo palabras tejidas entre la sensibilidad altísima del lenguaje arturiano: el poeta más que versos hizo música con las palabras y solo en este espacio divino puede caber un alma como la de la Chavita, que al igual que Arturo en este bello paisaje desgranó desde la montaña las verdes notas musicales llenas de melancolía en este país del sur.

¿Cómo podría iniciarse una mujer en la música? ¿Cómo se adentran las notas musicales al ritmo levísimo de su corazón? Estas preguntas exigen respuestas que me fueron dadas de quienes estuvieron íntimamente cercanos a ella: sus hijos, sus hermanos, sus amigos y sus clientes que sin quererlo formaron un infinito de narrativas y tertulias desinteresadas, no obstante comprometidas con lo que les era común a todos: la música.

Los discos llegaban como todo en ese momento, lento, sempiterno, andando vertiginosos entre las primeras carreteras, guiadas aún por el espíritu del Río Magdalena. Los camiones que recorrían el país llegaban cargados precisamente del más bello recuerdo que tengo de la música: los acetatos y vinilos de todo género musical latinoamericano. El destacado sentimiento afro antillano con los ritmos del son, la guaracha, el mambo, el bolero, además de la música argentina como el tango, las chacarera, la milonga ritmos predilectos de la matrona de Rio Nero y Rincón Porteño y por supuesto la amplia gama de ritmos andinos, entre ellos el pasillo, el vals, la cueca, el foxtrop incaico etc.

La grandeza del lugar y los consejos de sus hermanos a quienes les podemos atribuir el logro de los acetatos, transportaban en los camiones los tesoros musicales empacados celosamente en guacales, dispuestos en lugares estratégicos dentro del camión: Luis y Carlos finalmente persuaden a Doña Isabel en la necesidad de trasladar su negocio a la ciudad de Pasto. En sus inicios el lugar se ubicó en la “calle angosta” cerca a la plaza de mercado donde confluía el comercio local. La suerte o quizá el destino amparado con las estrellas de Aldana, marcarían cual oráculo la conciencia colectiva de los pastusos, así, “donde el verde es de todos los colores” (Arturo, 2000, pág. 26) ya no solo sería para este hombre sureño el profundo manto vegetal que cubre sus montañas y mesetas, sino que aprendería a interiorizar su paisaje y riqueza a través de las nuevas músicas y estéticas culturales que se estaban gestando en el establecimiento de doña Isabel. La oportunidad de alimentarse de otros sonidos, otras músicas y experiencias servirían de analogía con la cultura local donde se abría un universo para entender lo propio, así se irían enriqueciendo silentemente pero con paso firme a las generaciones de la época.

En sus inicios se sigue sirviendo café con pan de maíz ipialeño los que mandaba a traer para su negocio, su cafetería siempre cortejada de los tangos que se escuchaban novedosos en ese Pasto tranquilo era un punto de encuentro placentero y culto.

Una pulsión llama desde la música hacia el corazón, es quizá que la charla amena y amistosa consigue desarrollar en la música y el deleite por la misma, espacios colectivos propiciando significantes y significados que enaltecen el sentido de la vida desde lo cotidiano.

El lugar se ensancha por el cuerpo de los asistentes y le exigirá a doña Isabel trashumar por espacios cercanos que le permitan situar su negocio dentro del organismo vivo de ciudad, por esta razón se traslada a la calle dieciséis, hoy la Panadería la Espiga, muy cerca a la cantina la Pola, otro emblema aún sobreviviente de Pasto. Permanece ahí cinco años para instalarse luego

en la esquina siguiente, hoy El Bastón Dorado; en la misma calle dieciséis donde se ubica el conocido asadero de pollos La Canastica: una casona colonial que tenía los vestigios del pasado, un aljibe y un horno para el pan de piso que otrora denotaban la tradición colonial. Estos lugares transitados por doña Isabel, su música, la deferencia con sus amigos, me permiten una imagen etnográfica al buen estilo de la familia Castañeda: trastear su parafernalia musical acompañada de su clientela. Con cuanto amor y celo debió doña Isabel trastear a sus muchos demiurgos, sus consentidos hijos, sus muchos y amados acetatos.

En esta casona de bastos dimensiones como su mismo espíritu, nace con nombre propio la bohemia: Rio Nero. El corazón de dicho lugar tiene silueta de mujer, amante de toda música y en especial la porteña. Las doncellas también tienen por serlo, el dulce derecho de aflorar en caprichos, y fue el tango, la música porteña la preferida por doña Isabel, que con ritmo de melancólico bandoneón conquistó el corazón de la anfitriona, por ello en honor a este ritmo bautiza a su bar con el tango Rio Nero. Tango perdido en el tiempo del que se ignora el compositor pero que muy seguramente puede reposar en los anaqueles, como una joya de colección, para orgullo de un conspicuo melómano y en la memoria ahora dormida de su hija Rosario Coral “La Chavita”; comparable a un antiguo acetato que guardaba mi tío Armando: Malena, compuesta por Homero Manzi y musicalizada por Lucio Demare en 1941 e interpretada por la Orquesta de Aníbal Troilo. Canciones emblemáticas interpretadas por grandes artistas como Libertad Lamarque, Carlos Gardel, orquesta de Enrique Rodríguez, Francisco Canaro, Juan Darienzo o el barítono Julio Sosa, el varón del tango, entre otras que pondrán el toque definitivo al lugar, novedoso si tiene en cuenta el aislamiento regional. Aquí era posible la construcción de sueños: encontrarse con los amigos, brindar un trago y escuchar la música apenas desempacada.

Tardes lluviosas, poco transitadas y el frío que recorre el hueso eran el pretexto para refugiarse en Rio Nero, La Chavita y su novedoso cielo musical.

Tus tangos son criaturas abandonadas
Que cruzan sobre el barro del callejón
Cuando todas las puertas estén cerradas
Y ladren los fantasmas de la canción.
Malena canta el tango con voz quebrada,
Malena tiene pena de bandoneón (Troilo, 1942)

Franco Rosales periodista, melómano y cultor musical, Miller Narvárez primer violín de la agrupación Alma Nariñense, el Chato Guerrero que siendo abstemio compartía estas tertulias tomando solo café, cantando y tocando su guitarra, Feliz Zúñiga de fino oído musical y aficionado a la carreras automovilísticas, solicitan en buena hora a Doña Isabel extender el horario de atención para poder tomarse unos traguitos ya que la música, el buen ambiente y atención convocaba un espíritu bohemio difícil de postergar. Pedir permiso para extender el complejo acto de la escucha, fue pedir permiso a los dioses del viento que portan la nota rítmica, en hálito y el contento, ese sencillo acto de solicitar anuencia consagra el sitio y la necesidad andina de respeto. Expandir el oído hasta tocar el alma en el ejercicio para atender las voces suscitadas y brindar entonces lo mejor de sí: reconocerse y validarse en las sensibilidades no propias que viene siendo el único camino existente para saberse a sí mismo.

Lo curioso de la anécdota es que don Miller Narváez que era integrante después, de la orquesta alma nariñense era violinista, ahí es donde la bautiza como Chava, porque antes era doña Isabel, le dice:

-Doña Chavita, queda como medio feo escuchar música; buena música del recuerdo sola, con café no nos baja. ¿Entonces porque no hacemos el ejercicio y nos consigue aguardientico?

-dijo, yo les doy permiso pero el trago si consígalo ustedes, así sigue varios días hasta que ella se da cuenta, que ella estaba sirviendo a un número de personas pero no estaba ganado un peso, ella se estaba trasnochando con ellos pero ella no les vendía. Entonces en una de esas oportunidades ella se hace a una cierta cantidad de botellas de aguardiente y les dice que ya no había necesidad de salir a buscarlo y empieza a ponerles tangos, boleros, pasillos inclusive música de México con las rancheras ¿no?¹

El profesor Javier Vallejo incansable investigador de la historia musical de nuestra región nos comenta la anterior anécdota en un lenguaje coloquial, en esta reconstrucción temporal existen para mí al menos dos frases para conmemorar: “buena música del recuerdo” y si lo resalto, es porque me hace reflexionar en la inquietante costumbre sureña de recordar desde la oralidad y la música, en este caso en particular: el tango, el pasillo, la salsa, la música antillana, la cumbia o la ranchera y ritmos andinos introducidos por los pueblos originarios y entretejidos con los de cada región trazada por los largos caminos que se abrieron en el mandato del Inca rey, los que guardan nuestras más profundas melancólicas e historias. Y en segunda medida, que rememorar exalta en el cuerpo tal catarsis que necesita salir de la realidad, salir de si con la posibilidad de regresar con más conocimiento y entendimiento de las cosas para crear y

¹ Cita tomada del profesor Javier Vallejo en el encuentro del recuerdo celebrado en “Helados la 21” en agosto del presente año (2018)

transformar nuestro porvenir. En el logro de semejante empresa el lugar tampoco daría a vasto, tal como la primera vez en la calle dieciséis, transformarse y trasladarse será uno de sus grandes acontecimientos.

Así nace un avatar, para deleite con selecta música que año tras año y a manera de delta prodigioso fue desembocando en un rítmico mar de fina colección musical acumulado en su amplia colección: cantantes, cantautores, intérpretes y orquestas que solo se podía escuchar en este prodigioso bar, siempre amparado y custodiado en el pecho femenino.

La Fraternidad en el buen sentido de comunidad, el gusto por la música y la cultura, la bohemia transfigurada en melancolía y estar en compañía de un oído magno volvía al Rio Nero un motor regional de cultura musical y de encuentro en la familiaridad única con la que se desenvolvía el mundo entero entre el tocadiscos, las historias sobre los intérpretes y autores, la música y la borrachera.

En el Rio Nero, doña Isabel se convierte para amigos y clientes en la mujer portadora del tesoro musical añorado incluso por las emisoras locales más destacadas, su buen gusto melódico, el complacer a sus clientes con sus temas predilectos y sus diestros aportes como erudita musical le permitieron hacerse indispensable en la vida de quienes concurrían con mayor frecuencia al lugar. Aquellos que no frecuentaban el sitio y sin saberlo escuchaban en la radio los acetatos que doña Isabel prestaba desinteresadamente a los locutores de las emisoras radiales de Pasto. De ahí que se ganara el entrañado nombre de “La Chavita”². Años después su hija Rosario Coral heredará el nombre y destino musical de su madre.

² Quien nombra a doña Isabel como “chavita” será el violinista Miller Narváez, integrante del grupo musical Alma Nariñense.

Aparece entonces el Rincón Porteño; de 1950 a 1980 este lugar vió, vivió, y transformó la ciudad de Pasto. De carácter alquilado, en una de las casa del más acaudalado ciudadano de la época, el señor Delfín Martínez, se mimetizó con la ciudad por treinta años entre los Dos Puentes, en donde hoy se ubica Empopasto: casa de tres salones inmensos donde la música estaría acompañada de luces entre los arcos de los salones, una decoración excelsa influenciada de la experiencia vivida en Medellín, Bogotá y Cali por hijos mayores de doña Chava: Nolbrto y Libardo que le daban al sitio un cálido ambiente que además enaltecía e inspiraba en todo momento la palabra que ahí acontecía. Estaba por supuesto el tocadiscos opacaría definitivamente la posibilidad de la rokola.

Este lugar no solo trajo la más selecta música, una colección de más de diez mil discos de larga duración, otro tanto en discos de 75 y 45 revoluciones y una vasta colección de casetes a la ciudad, sino también una gran herencia carnal y camaradería por demás horrada y respetuosa de amigos como el periodista antioqueño Terri Gallego, Franco Rosales, papá de los lanza discos y Director del programa de radio el Bulevar de las Estrellas, hombre muy versado que parte de su conocimiento y novedades en su programación radial de tango en Todelar y La Voz de la Amistad, se las debía a doña Isabel. Esto aunado a la extensa descendencia que dejó esta maravillosa mujer adulada hermana de la música.

En la amistad creada por el conocimiento de la música y el bienestar que se sentía en la atención filial que ahí ocurría y la vehemente embriaguez, llegaban al lugar los locutores, intelectuales, deportistas, músicos, profesores, y concedores además de los periodistas de la época que nutrían la cultura y ética pastusa desde los Dos Puentes y acompañados siempre por el buen oído que se polifoniza entre la canción y la palabra. Si hay algo que destacar dentro de tantas historias que se tejieron en el lugar, será la memorable apertura para el desarrollo de la

música regional que el Rincón Porteño y su dueña permitían, pues era ella quien prestaba no solo la locación sino la música para que los autores montaran sus piezas, caso éste del emblemático y recordado trio Martino.

Más la prosperidad del lugar también da cuenta en las virtudes heredadas en sus nueve hijos que multiplicaron las enseñanzas de su madre y que además continuarían con la tradición de la música en todos sus sentidos: coleccionistas, melómanos, bailarines, bohemios y músicos de profesión.

Libardo Coral será una de las joyas escondida entre las historias del lugar. Su formación musical desde el vientre se desembocará en una voz prodigiosa que exhibiría en la Orquídea de Plata Philips en Bogotá entre los años 1971- 1972 y que además sería sustentada por un vasto conocimiento de autores, géneros e historia de la música. Los asistentes del lugar disfrutaban con gran complacencia, ya que las canciones iban generalmente acompañadas de las narraciones del cantante, de su carisma y cariño con el que propagaba su conocimiento. Libardo Fue sargento de la FFAA, Fuerza Aérea Colombiana donde participo como solista en los coros para representarlos también en los programas de la televisión nacional por ejemplo en el canal 7 de INRAVISION con la Orquesta de Lucho Bermúdez.

Ahora el legado camina entre todos sus hijos y nietos. Jorge Coral quien a través del conocimiento que le dejó una vida entera por el contacto con la más selecta música, instauró un salón con un concepto muy parecido al Rincón Porteño, este lugar que contaba ya con una herencia musical cargada de amigos se desplegó al mejor estilo de un tertuliadero en el Bar Sorrento que estaba ubicado en la calle dieciséis, al que asistían los clientes del Rincón Porteño y demás aficionados, expertos y neófitos de la música. El bar Sorrento aparece como respuesta a la necesidad cultural y expansión de San Juan de Pasto. Libardo y Jorge marcarían una época

intermedia entre la apropiación y el reconocimiento del legado musical, diferenciado a los días que vivió su madre.

En uno de los tantos encuentros entre el amor filial, la bohemia y yo; mi maestro, el tío Armando, que hizo las veces de padre, a veces de patria, quien me enseñó que la noche sin la compañía femenina sería un sintiempo; me despertó en medio de la alborada, aquella madrugada me dormí escuchando las baladas de Camilo Sexto, sin embargo, la ternura habitual en él, interrumpió mi sueño para acomodarme en la silla. Su voz y su mano en la mí cabeza me despertaban:

- ¡Despiértese!... ¡despierte a ver el amanecer mija! si hemos tomado toda la noche lo hemos hecho solo para ver destellar el sol. Agregó lucido de espíritu y tambaleante en todo su cuerpo por la borrachera.

- Si no salimos a ver el sol de la mañana, todo el tiempo será perdido.

Si rememoro este momento es porque en aquella madrugada se inspiró la génesis de lo que he llamado El Pasillo o la Cantina: Voz y Apalabramiento, es también el mayor pretexto para hablar del acontecimiento cantinero donde los hijos de Isabel Coral: Marino y Armando Coral cómplices de este relato, representan el resultado de una construcción forjada en el Rincón Porteño.

La aproximación más justa y adecuada al Rincón Porteño, es posible abordarla a partir de una metáfora: primero construida en la noche donde confluyen pensamientos, formas de entender y vivir la localidad, la comunidad o su parte social. Después, en la alborada o el destellar de la luz donde la memoria resuelve y alimenta los espíritus que trajinaran con las políticas, las relaciones, los negocios y labores, en fin con el sinnúmero de acciones que obliga el nuevo día.

Acaso los dos herederos sean y representen cada una de estas partes respectivamente. La noche, Armando Coral con las estrellas custodiando el transcurrir de las palabras que se pintan entre la música y el trago. Marino Coral, la alborada despertando el sol timbal en la percusión que compone dulcemente los ritmos del corazón.

Armando heredaría la parte más social de la cultura dentro del salón, el será quien represente la bohemia, la compañía, la charla amena, la posible apertura que la amistad y el amor que se crean en la comunidad, si bien será uno de los hijos más jóvenes de doña Isabel, se sitúa en él, el conocimiento de la noche, no porque su herencia sea menor que la de sus hermanos, sino porque es la de mayor responsabilidad comunal, pues al fin y al cabo el conocimiento solo tiene comienzo cuando se abre al otro, solo conoce el que vive y goza. Más allá de todo prejuicio Armando Coral dedicó su vida a los encantos y caminos de la noche y por ello será el que muestre la parte más carnal de su madre y del mismo Rincón Porteño.

Armando acompañado siempre del néctar embriagador de la vida, la música y los amigos hizo que el círculo de Isabel coral se extendiera a todos los estratos, pues en sus inicios el Rincón Porteño tenía una clientela un poco más allegada al “linaje”, pero es precisamente Armando quien abre todo estigma y logra volver este lugar en medio de toda la cultura que allí se generaba, en un sitio accesible para la mayoría de las personas que habitan el Pasto de todos los tiempos.

A su lado siempre insigne se encuentra Marino Coral, el amanecer. El será la representación de la espiritualidad con la que se fundó el Rincón Porteño y de la que hacía gala doña Isabel. Don Marino es uno de los más brillantes timbaleros de la región nariñense quien inició su vida musical estando en el vientre de “La Chavita” y seguiría desde muy niño afinando su oído no solo con la música que se escuchaba en el lugar sino también con un timbal improvisado que

sería su primer instrumento: una silla de madera, mesas de metal, objetos de plástico y utensilios caseros tocados con baquetas improvisadas por un infante que agregó a sus juegos las audiciones de bellas canciones, agradables melodías y riquezas armónicas. Convirtió así el Rincón Porteño en su primera academia donde ejercitaba su cuerpo para la fina destreza física que requiere el timbal, mientras su espíritu se alimentaba de la invisible enseñanza de las notas musicales echadas a volar al aire como mariposas iridiscentes del toca discos de su madre: doña Chava.

De ahí nace su virtud que se fortalecerá a lo largo de toda su vida musical iniciándose como un ícono por ser el primer timbalero de salsa y ritmos afroantillanos en el departamento de Nariño desde 1965 alimentando su destreza a lo largo de los años con su vivencia y estudios musicales de percusión en el conservatorio Antonio Valencia y de Trombón en el colegio INEM en Cali. Participó en varias orquestas famosas como el Combo Sonolux, La Big Band American Jazz, El grupo legendario y pionero de la salsa en el departamento Los Beatter's, La Orquesta Afronda. En Cali con El Clan Z, la Orquesta Palmireña, los Fenix de Colombia y la Orquesta Latina de Cali; en el Ecuador con los estudiantes de Ibarra y la Orquesta de Robinson. Fundador y director de orquestas y agrupaciones salseras como Los Atómicos, La Quinta Dimensión, El Clan Latino, Grupo Show Matiz y la Orquesta Juvenil Matiz, se destacó además como compositor del género salsero y otros. En 1981 sería integrante de la Banda Departamental de Nariño donde florece su sentido musical y su habilidad interpretativa del trombón, la percusión y el canto, siendo reconocido por diferentes instituciones culturales de departamento.

El singular conocimiento y aprendizajes que el lugar generó, no solo se dio dentro de la bohemia y charlas nocturnas, trascendió en la necesidad musical de Nariño, y es que como si fuera un ritual, la noche y su profunda oscuridad trajo después de la catarsis la luz y la vida, Marino y la voz soprano de la bella Grace, su hija, serán el acontecimiento musical que den justa

resolución a cien años de tradición. Es él quien lleva toda una historia bellamente nutrida con la húmeda neblina del sur, florecida en las notas expertas de su timbal y composiciones. Son ellos la dádiva que la vida devuelve a una entrega inocente y a la pasión musical.

La actividad cultural que surgió en este espacio no solo fue derecho para los hijos de doña Isabel sino que además esta hermana predilecta de la música hizo posible que dioses incaicos de la música y la creación también pusieran sus ojos en los visitantes del lugar donde rito y música se conjugaban diariamente en bohemia. Muchos dones fueron concedidos pues allí salieron y se formaron grandes melómanos, músicos, arreglistas, locutores y gestores culturales que enriquecieron el Pasto de ese entonces, visible hoy en las cuantiosas agrupaciones musicales y riqueza artística que el pastuso lleva en sus venas y lo trasluce en su particular forma de vivir y descifrar el mundo.

Yo conocí a Rosario Coral con el nombre afectuoso con el que se conocía a su señora madre, “La Chavita” le decían. La primera vez que acudí al lugar tenía diez años, me llevaría mi padre con uno de sus mejores amigos quien es también mi amigo y maestro. Así, a esta corta edad dormí en los taburetes que hasta hoy se encuentran en el mismo lugar y que años después se convertirían en mi refugio, digamos la única posibilidad musical o de vida que hasta el momento tenía: como la hospitalidad de mi tío Armando que no por casualidad lleva el mismo nombre del hijo de “La Chavita” o las entelequias del abuelo Jaime asiduo cliente en la cantina de la Polita, estas vivencias abrieron mi camino en el trazo embriagante de la escritura. Los taburetes y la música del bar Los Chavos me han recordado el calor de morada, lugar seguro como también lo fueron los corazones y las casas de mi tío y abuelos.

El bar “Los Chavos” se ubica en las cuerdas desde mediados de los años ochenta y su dueña es la aún viva Rosario Coral. Conserva el ambiente de tertulia y buena música con el que fue creado, sigue siendo particular emblema entre los bares de Pasto, pero más aún la administración femenina de la música y la noche continúa siendo asistida por la sensibilidad femenina. Así la música y la noche siempre tendrán la voz femenina en la custodia del orden y respeto.

Rosario se regresa de Pereira decepcionada de la vida matrimonial; suerte de herencia son aquellas alas que sueñan con la libertad. Su madre que siempre gozó de una independencia casi igual que la de los varones de la época, recibe a su hija y le hereda parte de su colección musical con la que abrirían juntas el bar Los Chavos aunque ya para este momento Isabel Coral descansaría de una larga vida consagrada a la comunidad y su cultura. Charito que en realidad sería la imagen de su madre representada en el presente, sigue aportando su vida y conocimiento a dicho lugar, y se quedaría ahí para ver casi a tres generaciones más hasta el año 2008, en donde el hotel que se construyó frente al bar pediría el cierre definitivo de este establecimiento. Rosario quien había dedicado su vida entera a la música, termina terriblemente afectada con el cierre del lugar aunque hace algunos años gracias a su familia y a una comunidad que aunque ignorando la totalidad de su historia unieron esfuerzos para regresar a la vida a este emblemático lugar que como insignia y destino lo retomara la hija de Rosario: Estela Coral.

Tendría quizá 17 años cuando por primera vez cruce temas musicales con el tan renombrada Rosario Coral “Chavita”, temas que entre otras ya me había enseñado a escuchar mi tío. Mi historia ya se veía marcada con destino hasta aquel lugar y sería quizá esa sensación volátil de enamoramiento nunca más repetida del amor adolescente que perpetuaría ese arribo y mi presente en el bar “los chavos”. Entre los discos de vinilo, la charla tan amena y las cervezas conocí al

nieto que acompañaría a Charito hasta el día de hoy: Andrés, joven que hoy me es testigo de la vida.

Otra figura importante a lado de la nueva “Chavita” era el barman quien en realidad es un vendedor ambulante de cigarrillos y confites en la esquina del ahora ALKOSTO centro, con ellos: una mujer mayor en todo sentido de la palabra, bien por su conocimiento en los episodios de la vida, bien por la música, bien porque como faro de luz me guiaba en las lejanías de mis sentidos, me acompañaba en el llanto amargo, me tomaba de la mano para luego solo mirarme a los ojos y hacerme sentir con su mutismo que la melancolía es un hondo dolor, antiguo, inexplicable que solo podemos abarcarlo como la noche bien lo hace: en la oscuridad y en el silencio. El vendedor ambulante que representa la sociedad en tanto organización económica y lo comunal en tanto organización afectiva y por ultimo su nieto que si bien entraba en la adolescencia era la muestra de que la educación está siempre girando en los ámbitos más cotidianos entre los abuelos y sus nietos. Junto a ellos trascurió mi adolescencia, acompañada de música, amigos y esta diáfana mujer.

A pesar de ser tan familiar este encuentro, en aquel momento no sabía cuál era el verdadero nombre de Rosario, la conocí con todo y su peso histórico, con el nombre de “la Chavita” y si hay algo a parte del nombre que sigue sobreviniendo, es la historia fraternal que en aquel lugar nos cobijaba dentro seno femenino, solidario y abundante.

En algún festejo que se llevó a cabo en el año 2006 y con quien entonces pasaba mis días de palabras, cine y humo de cigarrillo, llegamos al bar Los Chavos. Cristian había terminado de exponer parte de su producción escrita y la necesidad de buena música nos condujo hasta “la Chavita”; al llegar a ella, interminable, siempre lucida y magnánima nos recibió con una inmensa sonrisa, su cuerpo basto como su corazón se movía hacia nosotros:

-¿Cómo le fue? –Preguntó- yo le tengo un regalo que sé, le va a gustar.

Desde la barra puso música, recuerdo era un tango y salió casi de inmediato. Del muestrario saco una botella de aguardiente, lo miró a los ojos con una amplísima sonrisa cómplice; él, pletórico la tomo en una sola mano cual dulce que le brinda su madre o un juguete entre las manos de su abuela.

Esta memoria que es sin más, uno de los cruces en mi camino: sentir la música, cultivar mi espíritu melómano, extasiarme con las historias allí contadas y escuchadas posibilitó mi apertura a estas escrituras, expresiones que a mi modo de ver son la manifestación más poética de la vida, música asimilada al cuerpo con lo cotidiano de los días, recuerdo y sentimiento que emana de lo más profundo en la experiencia carnal de la bohemia; mi corazón revive con Rosario, con Estela, con Armando y Marino, escuchar sus relatos es extraer de lo invisible aquello que nuestros abuelos también vivieron con el espíritu de su época. Es traer el verbo para que pueda el humano descifrar lo que por naturaleza divina abunda en el corazón.

En consecuencia y más allá de cualquier pretensión podría decir que la anterior narración encierra en su totalidad esta pequeña historia. Que la mujer esté entre la música y el sentimiento no es casualidad, que Isabel Coral, Rosario Coral y Estela Coral se encargaran de tal empresa, tiene que ver más con la posibilidad dulce de quien recuerda, de saberse esperado, protegido, quizá alcahueteado entre los brazos dilatados de una mujer, que con el mismo destino.

Isabel, Rosario, Estela Coral representan la cumbre, la montaña, el páramo, las chorreras de nuestro sur, mamitas, matronas y doñas dignas de elogiarse a la manera de Aurelio Arturo, a la manera de una Guaneña dispuesta a bailar y entonar el canto guerrero libertario, mujeres como las de Galeano, mujeres Frida, Chávela Vargas, Manuela Cumbal. Mujeres como mi abuela, y las abuelas de mi madre; de follón y alpargata, mujeres del agua y la tierra, mujeres de la caña y su

néctar. Mujeres enteras, cielo y tierra, mujeres que han parido con dolor esta tierra sentida y huérfana. Mujeres como la llorona de nuestras creencias que lloran henchidas los pechos de leche, desnudas, gritando, buscando a sus hijos entre la América profunda de Dusell.

Finalmente evocar a estas mujeres coleccionistas y gestoras silenciosas de la cultura, revela el encuentro que existe entre el extranjero y la melancolía: llorar por amor, por desgracia o felicidad, por el trabajo, por el desempleo, solo es posible cuando una mujer aloja al viejo niño a través de la música y el licor. Pluralidad humana solo entendida con el ritmo del corazón. Éticas y políticas femeninas que sin proponérselo hicieron memoria y revolución entre los sonidos aún vivos y sobrevivientes en este rincón que el olvido dibuja en la memoria con las sombras de la embriaguez.

La Cantina Como Texto Y Memoria

“Y pues si... recordar tantos años es difícil y da pesadillas.”

Marino Coral

La eternidad sí que puede existir en el tiempo mismo de la vida, y el amor, cuya esencia es la fidelidad en el sentido que yo le doy a esta palabra, es lo que viene aprobarlo. ¡La felicidad, en suma! Sí, la felicidad amorosa es la prueba de que el tiempo puede albergar la eternidad

Han Byung-Chul.

Sea quizá necesario encontrar entre los recuerdos de la colonia los inicios de la cantina, pues a partir de la fundación de las ciudades coloniales en América Latina, los conquistadores se percataron en construir las ciudades de manera estratégica, siguiendo en cierta forma las

estructuras arquitectónicas españolas de la época. Las iglesias, las gobernaciones, las casas de los encomenderos y los respectivos mercados siguieron un diseño de calles y carreras con sus manzanas cuadrangulares. Esta estructura se ha mantenido a medida que las ciudades han ido creciendo; los espacios de tolerancia, de consumo de chicha, de mendigos y maleantes estaban especificados y tuvieron su propia marca en cada ciudad. Las cantinas y chicherías se ubicaron en lugares estratégicos para sus clientes.

La cantina ha tomado diferentes nombres y se ha caracterizado por la concurrencia y su particular clientela, lugares donde asistía la clase señorial como salones y clubes, hasta espacios improvisados como las pequeñas cantinas de venta de chicha donde concurrían españoles pobres, campesinos e indígenas. Igualmente el diseño espacial representa para cada una de ellas su propia marca, estos espacios de recreación, cohesión y disipación social producen estéticas narrativas en la memoria tanto de clientes y propietarios:

En esa época tan bonita y según las narraciones de mi madre, decía que Pasto por los años de 1935 era una ciudad pequeña rodeada de montañas vírgenes, verdes, entonces que las calles eran empedradas de ambiente lento y señorial, el ambiente se caminaba un paso por minuto (Entrevista con Marino Coral, 2018).

Salones, bares, tabernas y las populares cantinas no dejan de tener una barra para atender a clientes solitarios, quienes desean contarle al cantinero las hazañas pasadas y los eventos coyunturales del día, la contrabarra es el espacio privado del cantinero donde se atiende, se preparan las bebidas y escucha los pedidos de los clientes. La decoración es sugestiva, los colores rojos se resaltan, los afiches y cuadros eróticos no faltan, una que otra luz de neón hace que la atmosfera se torne interesante al buen estilo del régimen histórico de su época. Las mesas bien elaboradas o hechizas, unas pequeñas, otras amplias y bancos, los cuales se acomodan al

espacio y sus posibilidades, que sin rigidez, llegan a ordenarse según los requerimientos de la noche y sus clientes. Espacio aleatorio que se gobierna según el ambiente del momento.

Las distintas sociedades producen cantinas de acuerdo a las categorías sociales. Cada bar o cantina tiene su gente, su ambiente y un sentido de ser en la ciudad, sin embargo los distintos bares y cantinas de la ciudad de Pasto han inscrito su propia memoria: el carácter de cada lugar lo dan los clientes y los propietarios y por qué no decirlo también, los procesos particulares e históricos de la ciudad. Además, las cantinas y bares demarcan referencias particulares, es decir se establece en los individuos como lugar de bohemia, anarquía y rebeldía.

En estos tertuladeros se conversa, se discute, se diserta; espacios donde se confronta el conflicto constitutivo de la humanidad, es allí donde se exponen libremente las ideologías, los sentimientos, que ponen en juego los preceptos y los prejuicios sociales dejando en entretela la razón para quienes presentan pensamientos conservadores o liberales. Aquí las ideas son defendidas con las armas más filosas, igualmente son lugares de esparcimiento y tolerancia, para el baile, el goce, para el entretenimiento y vanalidades de la vida.

En consecuencia la cantina es una manifestación psico- social con las cuales la gente expresa sus estados emocionales de manera más abierta gracias al estado particular que se logra con el licor, el recreo y la disipación. Lugares que exorcizan el cansancio acumulado en los ciclos naturales del hombre. En otro orden emocional está el lugar para acoger a quienes sufren despecho, desilusión y fracaso, quienes son alojados en estos lugares para alivianar sus penas o por lo menos olvidar por una noche su duro vivir.

La música como la conversación son inherentes a la cantina, el encuentro y la amistad nacen en estos lugares como si fuera un performance a la felicidad o al dolor del tiempo que se escurre, a la vida que se pierde, a la soledad que se tiene, por ello el licor libera su rito en el

viaje de la noche. Estados inmatereales del espíritu que posibilitan otras formas más íntimas con la textualidad del cuerpo y sus sentidos. Espacios donde emergen narrativas que sobrepasan la escritura en el gesto, la voz, el baile y la mirada. En la cantina son posibles los telares del acontecimiento, textos que paradójicamente son totales pero efímeros, pues se hace memoria en las vivencias y en el campo de la experiencia.

¿Qué representa la cantina en la dinámica social? ¿Cuál es su sentido dentro de una sociedad? ¿En qué medida, la cantina permite configurar memorias y a su vez, cuál es su sentido ético y político? La cantina permite comprender el movimiento social, pero es necesario leer este espacio en las cifras que esconde cada memoria de vida, cada historia de cantina, es si se quiere un gen de ciudad, fractal que muestra la dinámica, historia y cultura en una narración cuyas frases y palabras nacen en lo subterráneo y en las partes periféricas que tan solo tienen su sentido en la condición moderna.

En Estados Unidos, en la década de los ochenta, por ejemplo, los *japoneses* desempeñaban un papel similar al de los judíos. Prueba de ello es la obsesión de los medios estadounidenses con la idea de que los japoneses no saben disfrutar. Las causas de la creciente superioridad de la economía japonesa sobre la estadounidense se basaban en el hecho misterioso de que los japoneses no consumen lo suficiente, que acumula demasiada riqueza. Si examinamos de cerca la lógica de esta acusación, se hace evidente rápidamente que lo que reprocha esta ideología estadounidense “espontánea” a los japoneses no es simplemente su incapacidad de buscar placer, sino más bien el hecho mismo de que su relación goce-trabajo está extrañamente distorsionada. *Es como si gozaran con su misma renuncia al placer*, en su celo, en su incapacidad de “tomarlo con calma”, de relajarse y

disfrutar, y es esta actitud la que es percibida como amenaza a la supremacía estadounidense. (Slavoj, 2005, pág. 45)

Desde los inicios de la humanidad los seres humanos buscaron la comunión, estar reunidos alrededor del fuego, marchar en grupos clánicos para la sobrevivencia, sentido antropológico que hace que los seres tengan en el encuentro primario el sentido del goce. La reunión con los otros fuera de perpetuar la vida y la progenie, instituyó una relación de sentidos en donde se aprendió que la vida no termina si se expande al goce, forma de eternizar el tiempo, de expandir el cuerpo más allá de la carnalidad. La comunidad es aquí el crisol del goce, pero también la posibilidad para abrirse a sí misma.

Zizek plantea el concepto de comunidad o etnia aventajado de la identificación simbólica, para el pensador esloveno y siguiendo el psicoanálisis lacaniano, la unidad de toda comunidad está en la encarnación del goce y la organización del mismo. Para entender la identificación nacional planteada en la cita anterior, partimos de ese otro radicalmente distinto, por ejemplo la cultura japonesa, el consecuente *repudio* que se genera, odiamos la particular forma que tiene el otro para organizar su goce: el olor de su comida, sus bailes o festejos.

No hay nada más identitario que el goce que compartimos con todos aquellos con los que nos identificamos. En este sentido encontramos al menos dos problemas; el primero, la identificación y consecuentemente a ello, la identificación entendida en el goce, en la fiesta. Si planteamos el goce como centro de la identificación nacional se abre sucesivamente a este el discurso, pues todo cuerpo y con ello la comunidad entendida como cuerpo, no es biológico u anatómico sino que se goza corporeizándolo de manera significante en el texto.

El goce puede reemplazarse como existencia, en consecuencia, todo cuerpo es el soporte del discurso constituido a partir de significantes, se emancipa siempre y cuando el cuerpo pueda contenerlo y soportarlo a través de su materialidad misma de los sentidos. Por ello el goce no sería un síntoma del cuerpo como tal, sino un síntoma significativo. Parafraseando a Žižek (2014), en el goce nada se satisface sino el lenguaje, el discurso da cuenta real de distinta maneras y bajo expresiones estéticas que solo son posibles en el acto comunitario, de ahí que la cantina como muchos otros espacios permitan agenciar de una u otra manera el goce.

Se devela en la cantina un lugar propicio para la enunciación, cuerpo de significantes y constructor de significados que a más de dar sentido no en forma interpretativa, permite perpetuar las semióticas de la vida, puntualmente una comprensión del sentido que le es inherente al otro, es decir entender que el significado no nace en mí, brota y se da como acontecimiento por así decirlo, desde el otro, desde la comunidad donde se componen realidades.

Siguiendo a Jean-Luc Nancy (2001) estar en común es entonces lo que nos es común a todos, la reunión es constitutiva a la vida y sus significados, aseveración que contiene la disolución del individuo en el relato. Es entonces necesario encontrarnos en los estrechos vínculos que existen de manera innata cuando el individuo se disuelve y aparece la comunidad, o cuando el individuo aparece para desobrar la comunidad. Cuestionarse por los relatos cotidianos dados en las narrativas urbanas es volver la vista a la heterogeneidad que tiene puntos de encuentro ya en la música, en el festejo o demás manifestaciones de alteridad creativa.

Teniendo en cuenta que toda narrativa labra ineludiblemente una imagen y que la cantina en su dimensión estética platea narrativas urbanas a partir del goce y su organización, se trenza un vínculo entre lo andino, la música, la cotidianidad del alcohol y por supuesto sus relatos.

En la bohemia se hacen latentes los diferentes “conflictos”, claro está que el conflicto se lo entiende en términos de movimiento de energías, cuerpos y pensamientos diversos, se entretienen panoramas vívidos en el sentido común, se urden y se tramam relaciones que se suman a la memoria con fines rizomáticos o de renovación. Desinhibirse frente al otro que por mera circunstancia no acontece como juez sino más bien como cuerpo significativo en tanto recibe del otro un cosmos, un lenguaje, sinergias de encuentros o desencuentros que abren el mundo y evocan el espíritu del hombre en el universo.

¿Qué es la vida en común sino encontrar puntos convergentes dentro de la divergencia del ser? El alcohol, la noche y el baile permiten el punto de fuga en el que “*la boca habla por abundancia del corazón*” recordando las palabras de mi abuelo Luis. ¿Cómo negar que en el goce del otro se encuentra el propio? Aquí es donde la comunidad logra romperse para volverse a armar, es el cuerpo que se desdobla y se transforma en sus esencias.

No hay mejor lugar que recoja las historias, los discursos, los encuentros y desencuentros que en las narraciones y sucesos nacidos en las cantinas. No en vano Borges profesaba amor por los cuchilleros, los arrabaleros, los buenos alcohólicos:

Parece cuento, pero la historia de esa noche rarísima empezó por un placero insolente de ruedas coloradas, lleno hasta el tope de hombres, que iba a los barquinazos por esos callejones de barro duro, entre los hornos de ladrillos y los huecos, y dos de negro, dele guitarriar y aturdir, y el del pescante que les tiraba un fustazo a los perros sueltos que se le atravesaban al moro, y un emponchado iba silencioso en el medio, y ése era el Corralero de tantas mentas, y el hombre iba a peliar y a matar. La noche era una bendición de tan fresca; dos de ellos iban sobre la capota volcada, como si la soledá fuera un corso. Ese fue el primer sucedido de tantos que hubo, pero recién después lo supimos. Los muchachos estábamos

desde temprano en el salón de Julia, que era un galpón de chapas de cinc, entre el camino de Gauna y el Maldonado. Era un local que usted lo divisaba de lejos, por la luz que mandaba a la redonda el farol sinvergüenza, y por el barullo también. La Julia, aunque de humilde color, era de lo más consiente y formal, así que no faltaban musicantes, güen beberaje y compañeras resistentes pal baile. Pero la Lujanera, que era la mujer de Rosendo, las sobraba lejos a todas. (Borges, 2011, pág. 87)

En este punto la dimensión del estar andino aparece rompiendo toda metafísica occidental, prueba contundente de ello es el habla coloquial, narrativas cantineras o de arrabal que cifran el deseo y el goce, narrador y cuento, víctima y victimario. En resumidas cuentas la lógica del goce encuentra caminos distintos a la lógica de la razón. Que en las cantinas el hálito evoque o sin temor a duda dibuje, tiene que ver con lo nebuloso de sí misma; y no porque la neblina a juicio de valor particular sea sublime, la montaña que oculta en lo denso y recuerda el transitar de las nieves por la tierra, sino porque deja ver de a pocos o trasluce de tal manera que lo oculto “eso” que el subconsciente emite, o los resquicios que reluce cualquier discurso hegemónico, se relata y construye en pequeños héroes e historias de la bohemia, del perdedor que se cuenta como héroe, del amor que trastoca lo más íntimo del ser. Si la cantina abre la dimensión política es porque todo texto pone en juego la vida.

La cantina en el diseño de ciudad y dentro de la geopolítica urbana se configura como espacio de resistencia, como lugar de pensamiento para el mundo local, pero también como espacio vital para la psique trastocada por los duros y traumatizantes acontecimientos del existir, para conversar el mundo sin los sueños falsos, sin los bósales de la realidad, sin la condición normativa, sin el prejuicio del éxito, sino más bien en la dinámica que genera la embriaguez, en la prosa que desata la melancolía como una expresión del espíritu hacía del espíritu del Otro.

En este punto se hace necesario perfilar una filosofía centrada en estos lugares que son el enfoque social para la construcción corporal de la memoria, y es que en este sentido la cantina quizá sea la tierra fértil para el goce, son espacios rituales donde se orquestan todos los sentidos y todas las experiencias: música y licor liberan endorfinas culturales que hacen de ese goce la materia prima del texto el cual se clarifica como mito en las mareas internas del espíritu comunitario.

La cantina es entonces un acto enunciativo, conlleva a compromisos íntimos con sus receptores, otros, que en últimas hacen parte de su textualidad. Y es que es necesario entender que lo sensorial y emotivo hace parte de la memoria, narración móvil o historias que soportan pesos que discurren entre el tiempo y la operación narrativa. Ese peso al que Marino Coral se refiere en las pesadillas nocturnas.

Si sobrepasamos la idea griega de la memoria como una afección que se dilata entre el alma y el cuerpo y la trasladamos a la lingüística o mejor aún hacia la semántica que plantea la relación única del narrador con el pasado y la presencia de la ausencia Paul Ricoeur plantea:

...pregunta insidiosa, que arrastra toda la problemática a lo que nos parecerá una trampa, a saber, el recurso a la categoría de similitud para resolver el enigma de la presencia de lo ausente, enigma común a la imaginación y a la memoria (Ricoeur, 2004, pág. 25).

La memoria siempre se encuentra atada al pasado y a la ausencia dentro de otros tiempos, esta distinción entre la memoria y su sensación temporal es la que nos diferencia de los demás seres en la naturaleza en cuanto al recuerdo. Percibimos el tiempo por que percibimos el movimiento, más aún hay memoria sin objeto móvil, que es la que transcurre entre tiempos narrativos. No obstante la cantina es un objeto al fin de cuentas y quizá más que un objeto es un

lugar de rememoración entre tanto el tiempo transcurre como relatos sujetos a la historia común. Cada individuo de la comunidad puede narrar desde ahí su propia historia o la historia comunal, en el canto en los sentimientos, y cosmovisiones propiamente andinas.

Hablar de memoria es referirse sin lugar a dudas al olvido que es el reverso del recuerdo, digamos su sombra, su compañía y repliegue en el que la veracidad objetiva del recuerdo se pierde según la tradición filosófica occidental. Mas sin embargo es este el que rompe con la memoria metódica que recuerda la medida precisa, los intervalos recorridos como diría Ricoeur (2004). Contrariamente, la rememoración consiste en los olvidos suplidos por la narrativa, en este caso el testimonio aviva lo acontecido y contrae la experiencia inicial, el lugar y el tiempo. De esta manera los relatos testimoniales de cantina tienen legitimidad en tanto la memoria es más que sus deficiencias: “el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia.” (Ricoeur, 2004, pág. 41). En consecuencia la cantina como espacio de goce y reconocimiento de la diversidad es, rizoma de un texto que finalmente se convertirá en memoria.

Capítulo II: Vibrar Y Quebranto

En el café de los intelectuales
la cosa se estaba poniendo kafkiana
cuando pasó Carebandido y les dijo
que qué Gabo ni la gaver's
no ven que se ha muerto el man.
Cuál man cuál man
preguntaron los desenchufados
y carebandido
con esa dignidad característica
de los ladrones de barrio y los poetas
Cuál man más va a ser pues gil
habrá algún otro más bacán que Julio Jaramillo.
Las putas sacaban monedas de a Sucre
de sus chaucheras trasnochadas
y las metían en las ranuras de las Wurlitzer
para escuchar
"No puedo verte triste porque me mata
tu carita de pena, mi dulce amor"
Y comentaban
y algunas hasta lloraban
y el maricón Alfredo tenía que estarlas arriando
ya pues señoras a trabajar
déjense de pendejadas
ni que el hombre hubiera sido su marido.

(Artieda)

Vibrar y quebranto en los síntomas de la melancolía musical, pretendería aproximarse a una escena experimentada en un lugar específico, en un lugar de mágicos recuerdos o de arrabaleros momentos cuyo sentido se construye embebido de una *polita*, un *guarito*, quizá con un aguardiente: la cantina, el pasillo y el sentido que textos como estos tienen para desatar relatos connotados de memoria, territorios simbólicos de lo cultural, campos de bohemia en la creación plástica, en los horizontes de las letras sin fin; universo donde la memoria se confunde con la vida.

Se hace necesario entonces, en este quebranto, en esta risa nerviosa que aparece como efecto musical, adentrarse a los campos de la melancolía donde las imágenes fluyen como narrativas del recuerdo, donde los pasillos se convierten en relatos y vivencias del que añora y recuerda; en esferas personales y comunales, en los tránsitos de la fiesta, que hacen de la memoria un pretexto para la embriaguez. Vibrar en la música, en las cuerdas sonoras de la palabra, del pasillo, invita a recrear melancolías entre las aporías rítmicas que emergen con el yaraví, territorios del altiplano meridional que escriben con las manos del pasillo continuos lamentos entre eternas alegrías.

Sin más, debo empezar de nuevo y en plena conciencia de la repetición con la pregunta que da inicio al re-conocimiento, desplazamiento y con ello movimiento de la lógica europea, como también al re-conocimiento, la re-existencia -resistencia-, re-nacimiento del pensamiento de América Latina, en este caso y más particular el mundo andino ¿Qué es la oralidad? ¿De qué manera la palabra sonora, el pasillo hace presencia en la memoria de los andes? Para llegar aún más lejos ¿No es el lenguaje en sí, como diría (Castoriadis, 1975), quién tiene vínculos

indiscutibles con toda forma de pensamiento y con ello la recreación colectiva que se manifiesta en la escritura y en la oralidad?

La música cantinera y sobre todo el pasillo soporta y denuncia en el verso, el llanto del exiliado, paradójicamente y sacado de sí, dentro de su propio territorio. ¿No es el guayaquileño, quien hace florecer el lenguaje donde se piensa el cuerpo social, en la oralidad, en el sentimiento, en el quebranto? Cuando Julio Jaramillo canta, la voz palpita en retorno al porvenir y a la promesa, como lo denomina el maestro Julio Goyes “el apalabramiento” en este caso esta concepción propia de lo andino se es posible tan solo en la voz del pueblo y que las sabe traducir en buena hora la voz del cantor del Ande, es en realidad “el silencio interior sin tiempo” y la misma relación cronológica donde la palabra deslinda sentimientos, dialogo y con ello tradición.

Este silencio propio de la alta montaña y su “blanca mudez” cobijada por las frías nubes, llamando del cielo el dulce cristal del que calan el páramo y los frailejones es comparable al grito silencioso de la América Latina, hembra colorida en su lenguaje callado. Mudez que gesta la palabra, como se hace el agua, lenta, dentro de la montaña. El apalabramiento como bien lo apunta el maestro Goyes: estalla estrellas libertarias que resarcirán las cicatrices cantadas por milenios.

Crees en el apalabramiento de tu mirada aunque tus ojos jamás vean el milagro; bien sabes, escucha mía, que en algún lugar un beso remojará tu cicatriz y negras estrellas estallaran un día en tu mudez, como fiestas de pueblo con voladores y castillos. (Goyes Narváez J. , 2013, pág. 53)

En la conmoción musical se abre el “ahí” de la cantina y con ello el estar, en este caso el estar en el ande meridional donde el runa transita desde las montañas hacia el lugar de

confluencia; la comunidad, la casa, la chagra, la cocina, la plaza de mercado y esos otros lugares como el parque, la tienda de pulpería, la cantina, donde lo popular abre espacios en las narrativas de la cotidianeidad. El entretejido social configura en estos lugares de conversa, improntas humanas que revelan las experiencias y dramas cotidianos. Siempre hay en el relato vestigios de melancolía, transparentados por las canciones nacidas del pueblo.

Muchos compositores e intérpretes del pasillo, de los cantos y lamentos andinos han oficiado su voz y talento en los talleres de carpintería, en los pequeños cuartos de sastrería, en las ramadas de herrerías, en la chagra o en esos minúsculos espacios de las zapaterías, peluquerías y barberías, en general personas del común, andantes de los pueblos, andariegos de la sensibilidad comunal.

Estos músicos contaron y cantaron los pesares comunales e individuales que por un orden económico se han visto disminuidos al igual que su descendencia. Los cantos guardan la memoria y los músicos la interiorizan e interpretan. Sin aquellos cantores y poetas de nuestras músicas estaríamos humanamente más doloridos, conducidos a una fracasada memoria, así versos y notas vienen siendo lamparillas que indican el camino cartográfico del sentir andino, una bitácora pulsada en la sangre del indio y recuperada por las artes del mestizo.

Occidente borra o limpia sus vergüenzas con las moles de sus construcciones, edificaciones llenas de luz, brillo abrumador de su hipócrita y pulcrísima organización, más lo que late entre la oscuridad es lo que (Kusch, 1976) llama: el hedor de América. La puta o el proxeneta o, el alcohólico, el “maricón de cabaret”, todos ellos resuenan en la voz rechazada de la experiencia; la vida misma cantada por el bien nombrado “Ruisseñor de América” Julio Jaramillo y “El Cantor del Pasillo” el ecuatoriano Olimpo Cárdenas y por tantos y tantos otros de nuestra hermana tierra.

Así mismo y como vaticinio, Arguedas esclarece como las fuerzas territoriales y antagónicas entran en claro dialogo y configuran saberes y prácticas en la diferencia sanadora y resanadora de vacíos: la costa trae a la sierra el llanto salado que se cura con canto; es la cantina y la música cantinera, entre tanto el yaraví, el pasillo e incluso los ritmos antillanos que subsumen y rebosan la influencia europea para germinar en otra expresión, el pasillo es un ejemplo profundo de como un ritmo musical traído de Europa es fagocitado y adquiere un carácter andino propio de la geografía colobo-ecuatoriana.

Con toda la intuición artística proveída por las naturalezas de nuestro entorno y paisaje, rompe de manera contundente el estilo aristocrático que trajeran el pasillo del viejo mundo y en un acto poético y dulcemente contestatario el andino sabe mezclar sus ritmos, sus querencias y angustias espirituales, su desheredad territorial, mental, histórica y espiritual para convertirlo en un ritmo alegremente triste, o tristemente alegre, logra llevar a canto, verso y música esa amalgama diaria que el mestizo carga dese hace casi seis siglos por la desheredad y violencia a la que se vio sometido el indio de sus antepasados.

La oralidad trasciende campos insospechados, es así como la estética, la ética y la ontología, que alude básicamente al pensamiento occidental, abre sus cerraduras para dar cabida a nuevas formas de memoria cimentadas desafortunadamente de las desilusión del borramiento, en el secreto para no olvidar, en las cifras andinas y con ella en las improntas del imaginario social. La voz canta y narra la tradición, dialoga sobre sí.

Los pensamientos estéticos del mundo meridional andino se han configurado a partir de las relaciones con el mundo territorial, sin embargo fueron trastocados en los procesos de conquista y colonización: la confluencia bifurcó caminos y produjo en definitiva lugares inesperados,

cuando el lenguaje se dilata en el pensamiento trastoca lo histórico pues, como diría el filósofo de los imaginarios sociales:

El pensamiento es esencialmente histórico, cada manifestación del pensamiento es un momento en un encadenamiento histórico y es también -si bien no exclusivamente- su expresión. De la misma manera, el pensamiento esencialmente social, expresa cada una de sus manifestaciones en un momento del medio social; procede, actúa sobre él, lo expresa, sin ser reducible a ese hecho (Castoriadis, 1975, pág. 34)

El hacedor de apalabramientos, Julio Goyes (2006) en una precisión mantránica: memoria en acción, soporta en su regazo la prosa que levanta y sostiene el compendio de la hermenéutica del viejo Gadamer: “La voz que apalabra el silencio se enuncia como memoria en acción de un contacto inicial, en los comienzos de la vida. Su huella permanece a través de la poesía en la atención simbólica, en promesa” (Goyes Narváez J. , 2006, pág. 56) coincidiendo con el pensador alemán, propone la “comprensión” o experiencia como huella que se abre y acude a otras experiencias, en ese sentido la “comprensión” siempre está bajo la influencia de la historia; y aunque ella agota el ser en el saber histórico, la experiencia atestigua el saber en las márgenes de la memoria, en este caso el pasillo; conciencia que experimenta y vuelve a sí misma, música del porvenir que vence al horizonte.

En consecuencia, el apalabramiento como figura emblema de estos andes; es la voz que concede la huella y la promesa, la tradición y el imaginario se despliegan siempre y cuando exista la conversa, relatos que confluyen en los espacios donde el encuentro está dado por lugares íntimos y ciertos: en la fiesta, los carnavales y festejos, las noches de bohemia, en la cantina. Poética propiamente de los andes donde está presente el sentir y en el vivir.

La poética musical de los andes es capaz de encontrar en la escritura la posibilidad de la oralidad, pero más allá de encontrarla deviene la voz en el silencio, callar para que el mundo hable: “En la esquina la viela zumbaba y la gente no hablaba sobre él, porque para que iban a hablar si el pueblo sabe que de esas cosas nunca se habla” (Artieda, 2006, pág. 26). La oralidad es la oralidad porque calla y permite narrar al mundo sus secretos, la comunidad se manifiesta y expresa los silencios compartidos. Si el pueblo sobre-entiende es porque sobre-siente, el exiliado de su propia tierra se arraiga en el acontecer de la experiencia comunal: pasillo, verso, requinto, memoria en movimiento que en la figura musical se replica y ensancha el sentir. Se hace fiesta para abrazarnos y llorar juntos al ritmo de la música.

Los versos del pasillo no solo dan cuenta del sentir de la memoria, sino del cuerpo mismo del que ella se conforma: la comunidad, misma que se entrelaza en experiencias. En el epígrafe del poeta ecuatoriano, se escucha el palpitar sonoro de Julio y el ambiente de esta taberna da cabida al intelectual, a la voz del pueblo, al pasillo o mejor, las interpretaciones musicales de Jaramillo abren espacios donde se congrega la poética y la melancolía: el sentir en su desarraigo, el poeta y la prostituta, el intelectual y el bohemio, la salsa y el pasillo, Olimpo Cardenas y Jhonny Rivera, Rodolfo Aicardi o Darío Gómez. Para precisar, Carebandido irrumpe con la decidora analogía entre el cantante y el escritor de la Metamorfosis, este peculiar símil tiene cabida siempre y cuando las epistemologías asumen carácter ontológico; es decir, mientras se eleva el saber a la dimensión experimental del ser.

Julio Jaramillo, filósofo lírico del pueblo declama con su inigualable voz, versos de pérdida y tragedia, epopeya y fracaso, del festejo, la chicha y la comida, el abrazo y la

contienda, el adulo y el insulto, la sensibilidad y perfidia. *Ha sabido cantar bonito*³ tanto así que ha dejado en quien lo escucha la marca y huella del camino que la memoria recorre, los antiguos caminos de la América: el dolor del mestizo en Arguedas, la peña de Violeta Parra, los huainos del Perú, los cantos del liberto, el Aleph de Borges, la huairasacha de los taitas panamazónicos, así como también el sabor y saber social escondido tras el mote, los ollocos, el chocho reventado con lejía o el ají molido en piedra.

Tenemos, pues, en grado el pasillo como figura retórica del hombre andino. Paradoja que muestra polifonías del sentir; en una vertiente está el sentido político traducido en melancolía y en otra, la fuerza ética del ser andino manifiesta en la alegría y el derroche de la fiesta. Dualidad que en la debilidad profunda estalla en fuerza. Pasillo, pena cantada hecha para ser bailada.

AMOR, DOLOR

Sabes lo que es amor, es un deseo

en partes terrenal, y en partes santo

lo que yo se sentir, cuando te miro

lo que no se expresar, cuando te canto

sabes lo que es dolor, un viejo amigo

eterno inspirador de mis profundas quejas

(Sansores Prén, 2018)

³ Cuando mi abuelo Luis decía: “ha sabido hacer” quizá como un arcaísmo del idioma Pasto, lo que quería decir es que hay una sapiencia en el obrar. Por lo tanto “ha sabido cantar bonito”, se acerque a que no solo domina la técnica del canto sino que lo sabe hacer como lo hacen los pájaros.

Entre dolor y canto se liberan los eslabones de la extensa cadena del sentir, contracción de ritmos que mueven el corazón, un pulso que abre y cierra los espacios en ritornelos paradójicos: “está lejos de mí, está conmigo/ está conmigo cuando tú te alejas/ está cerca de mi si está conmigo/ está conmigo cuando tú te alejas.” (Sansores Prén, 2018). Unidos y casi entretejidos se conjugan la presencia y la ausencia, pareciera que el alma se materializa y se expande hacia los lados en sucesiones infinitas, partiendo la contradicción en una lógica más noble allegada a la voz que calla, al amor que siendo deseo es terrenal y santo.

Inolvidable el tema “Rebeldía” del maestro Ángel Leónidas Araujo cantado por el dúo Benitez y Valencia, Olimpo Cardenas y por supuesto Julio Jaramillo y muchos otros dignatarios de la música nacional ecuatoriana:

Rebeldía

Señor, no estoy conforme con mi suerte
ni con la dura ley que has decretado,
pues no hay una razón bastante fuerte
para que me hayas hecho desgraciado.

Te he pedido justicia, te he pedido
que aplaques mi dolor, calmes mi pena
y no has querido oírme, o no has podido
revocar tu sentencia en mi condena.

Revocar tu sentencia en mi condena.

Casi nada te debo, no me queda

sino un amor inmensamente triste,
 ya saldaré mis cuentas cuando pueda
 devolverte la vida que me diste.
 Devolverte la vida que me diste. (Araujo, 1971)

El Ruiseñor de América, Julio Jaramillo, hilo tejedor de una comunidad y memoria andariega, vocaliza una de las composiciones más polémicas del ecuatoriano Ángel Leónidas Araujo en “Rebeldía” que traza una posición política, ya desde el mismo título, como también en los versos que sirviéndose del contrasentido, recogen el sentir ético y político de los Andes, melancolía propia de la gente que sufre penas en una infortunada sentencia, deuda impagable que nunca imaginaron. . Deuda externa por los males del poder desmedido, pero también deuda interna del corazón que quiere ser libre para seguir cantando en las cumbres y sembrar las chagras como sus antepasados, cantarle al río y curarse de la caída de cuajo.

Hay que decir que el pasillo está planteado en términos puramente sociales, palabras como: ley, decreto, justicia, sentencia, ratifican el sentido político, pero es realmente la posición contestataria que toman los autores respecto a ella, la que configura una ética-política del ser de los andes. Dios será entonces la llamada patria que ha desheredado el andino cual huérfano a su suerte.

Tal es, por lo demás que el carácter pasajero de la existencia en los andes, relaciona la temporalidad con la tradición, de ahí que la embriaguez andina permita encontrar el lugar donde transitar, un *abra* o umbral andino como lo sugieren los viejos cantores de las poéticas enteógenas; estados de singular realidad donde los *incaros*⁴ reviven el canto espiritual para el *estar* de la memoria. Embriaguez que deviene limpieza para los sentidos de comunidad, por un

⁴Canciones de poder de los chamanes de los andes.

lado perdidos, pero por otro encontrados al dinamizar la ruta trazada en el trasegar de los mundos sociales y políticos. La melancolía en los andes no deviene del carácter cultural sino de su memoria y es ahí donde se tiene el mejor sentido del *estar*.

De aquí, que el pasillo logre entrar en diálogo con la tradición, es en la cotidianidad, donde se puede generar un pensamiento que logre superar el binarismo, el rencor, las fronteras, el dominio epistemológico y racial. No solamente lenguaje sino el pensamiento y memoria en movimiento que conquista nuevos horizontes donde el ser latinoamericano vuelve de su exilio a retomar la colectividad.

En consecuencia con lo dicho, no hay narración en ningún lugar de la memoria que no se acompañe de la música -si es que no es la música la que lleva la memoria- con ello se asoma quizá un idioma político, quizá un idioma estético, pero sin lugar a duda un signo o idioma que se difundirá por todos los rincones culturales de los andes meridionales de Colombia y Ecuador. En las imágenes bellamente elaboradas por (Guaman Poma de Ayala, 1987) se describe una división poética dedicada a la tristeza llamada *Araui*, antepasado del yaraví y que en últimas será la influencia más fuerte del pasillo, sentimiento que renace en la embriaguez, cuando la noche termina y comienza la alborada.

Ritmos musicales que se inventaron a expensas de la tradición olvidada, temas que surgieron del enorme esfuerzo al leer las imágenes borradas, así por ejemplo, el yaravi que es la castellanización del término quechua harawi, jarawi o arauí que se significa poema, además una lírica que canta las penas más profundas ya sean individuales o colectivas interpretada por mestizos de nuestras tierras, rememora la narrativa venida de la usanza incaica; puesta en escena con gran maestría y poética originaria con la que se relata el mito en la plenitud del ritual.

Este punto se puede destacar observando que el sentir se trasmuta en poder narrativo y que en las tonalidades de Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas descargan un franco sentir alcohólico es decir, estados de conciencia que en contravía de lo que se cree no entorpece la lucidez del sentir, así su cuerpo y su mente sientan el agotamiento por los efectos de la noche y el licor. El pasillo despierta las chacanas del poder estelar de la memoria, del cuerpo ahora aparentemente entumecido por el peso de la memoria y el licor.

Al llegar aquí tenemos que la esencia del género musical reinventa metáforas extraordinarias que sitúan al andino en su estar. Si bien Julio hace del pasillo el lugar entrañable en los espacios del pasado colombo-ecuatoriano; Olimpo, Carlota, el dúo Benites y Valencia entre otros corean su llamado, al mejor estilo de un rondador o flauta de pan. El requinto, los sonidos agudos del violín son los que traen el ánimo, lo sitúan cual si fuera un niño acausado: “veni, veni, veni”. Citando a Olimpo Cárdenas:

EL PROVINCIANO

Las locas ilusiones me sacaron de mi pueblo

Abandone mi casa para ver la capital

Como recuerdo el día feliz de mi partida

Sin reparar en nada de mi tierra me aleje

Y mientras que mi madre muy triste y sollozando

Decía hijo mío llévate mi bendición.

Ahora que conozco la ciudad de mis dorados sueños

Y veo realizada la ambición que en mi querer forje
Es cuando el desengaño de esta vida me entristece
Y añoro con dolor mi dulce hogar.
Luche como varón para vencer

Y pude conseguirlo alcanzando mi anhelo de vivir con todo esplendor
En medio de esta dicha me atormenta la nostalgia
Del pueblo que deje mi corazón. (Martínez, 1987)

La vida se abre paso y el dolor es su medida: el canto narra. Esta canción tiene una de las formulas narrativas de la poesía: olvidar cada vez más el significante dándole paso al significado en la paradoja. Igualmente posible que el romanticismo sea una conspiración, una insurgencia o presunciones de rebeldía. Aún alejando la tristeza, esta se hace presente cuando asentimos sobre nuestra existencia, desgaste de la vida en la desolada muerte. Toda narrativa labra ineludiblemente una imagen y encuentra un sentido común que acerca al otro -ya cercano-, trasgrede y sobrepasa la unidad como identificación simbólica.

Aquí entra a jugar un papel destacado lo culto y lo popular, el alma del pueblo y la maquinaria política de lo culto; elites que orientan y deciden sobre el acontecer jugando a la democracia, acciones que no dejaron salvajizar la desigualdad, sino que la naturalizaron para emprender posibilidades de gobiernos autoritarios permeados de trampas en las políticas nacionales. Mas sin embargo el sentir popular bajo otras lógicas de aprehensión, desdoble todo menos su esencia; por ello de manera afortunada en nuestras veredas todavía existe el

entundamiento, el grito de la Llorona, el Guadingo y el desfallecimiento que este procura, el encantamiento de los pozos de agua en El Peñol donde todavía aparece la gallina aurífera que paraliza las piernas al intruso y hace caer piedras desde su guarida entre muchas otras cosmovisiones de nuestros pueblos yungas y fríos.

Con esto hemos llegado a la transformación a la que hace alusión (Bartra, 1987) condición antagónica de metamorfosis y melancolía bajo la figura del axolote, propuesta excepcional y aguda donde el mítico anfibio refleja el estereotipo de la identidad de los mexicanos, una suerte de entelequia cultural, que los mantiene enjaulados en la modernidad y en diseños traídos de occidente, enlazados perversamente a políticas nacionalistas impuestas por las élites locales.

Me atrevería a afirmar que la idea de melancolía configura uno de los ejes fundamentales de la cultura occidental, que asombrosamente cruza los milenios desde el pensamiento aristotélico e hipocrático antiguo hasta el modernismo contemporáneo, atravesando el cristianismo medieval, iluminando el espíritu renacentista y nublando la mirada de los románticos. Cuando la cultura mexicana adopta la melancolía como uno de sus signos distintivos y peculiares, en realidad conectándose y diluyéndose en el amplio torbellino de la historia occidental (Bartra, 1987, pág. 48).

El autor afirma que no se trata de negar la identidad, sin embargo se debería estar atento a las identidades construidas por tecnologías de poder, arquetipos elaborados bajo decisiones y políticas públicas, donde los intelectuales han jugado un papel determinante en la construcción de las identidades que devienen en ideologías. A buena gracia el pasillo se construye desde el pueblo, seres que sin ser versados y siendo más bien obreros y trabajadores constituyen el lugar de la comunidad.

El mundo meridional andino, ha representado disposiciones culturales diferenciales a partir de símbolos que traducen éticas y morales en las formas de vivir y sentir su territorio, ahondando más en los entramientos de la memoria, se podría decir que las fiestas y festejos andinos son arquitectos donde se recrean conductas y acciones en torno a sus experiencias vividas, así por ejemplo los *tinkus*, expresión particular donde el conflicto se ritualiza y reconcilia, ya en danza, en canto o en música.

De ahí que la fiesta y la celebración, ampliamente relacionada por cronistas y visitantes europeos en los primeros tiempos de conquista, fueran espacios comunales donde se permitía sacar sus dolores y sufrimientos, disipar las penas y liberar las cargas guardadas, recuerdos trágicos y eventos significativos que quedaron grabados en ceremonias manifiestas íntimamente en estados de comunión y embriaguez.

Gastaban muchos días y noches en sus banquetes y bebidas. Y cierto, cosa es grande la cantidad de vino o chicha que estos indios beben, pues nunca dejan de tener el vaso en la mano. Solían hospedar y tratar muy bien a los españoles que pasaban por sus aposentos y recibirlos honradamente, ya no lo hacen así, porque luego que los españoles rompieron la paz, y contendieron en guerra unos con otros, por los malos tratamientos que les hacían fueron aborrecidos de los indios, y también porque algunos de los gobernadores que han tenido les han hecho entender algunas bajezas tan grandes que ya no se precian de hacer buen tratamiento a los que pasan, pero presumen de tener por mozos a algunos de los que solían ser señores (De Cieza de León, 2005, pág. 175)

La gente de los andes aprendió a levantar la palabra de manera ritual, aprendió que las palabras se guardan secretas en los rincones de las cabezas, en los lugares que advierten las líneas de la marginalidad, donde entran a perderse para después reencontrarse: las chicherías, pulquerías, rincones escondidos como lo llamó la sociedad de la época con su mojigata razón “antros de mala muerte”. Los andinos originarios aprendieron a guardar la palabra, a guardar el dolor y la desesperanza que ha producido un espíritu leído desde los primeros tiempos como melancólico.

Es interesante ver como el cronista (De Cieza de León, 2005), relata una ceremonia de muerte de un principal, en donde su sesgo cultural le ofrece una visión maniquea de los comportamientos y acciones de los habitantes de los andes, una visión cristiana que se impregnó y colonizó el pensamiento:

Y hay entre ellos una costumbre, la cual es (según a mí me informaron) que si muere alguno de los principales de ellos los comarcanos que están a la redonda, cada uno da al que ya es muerto de sus indios y mujeres dos o tres, y llévanlos donde está hecha la sepultura y junto a ella les dan mucho vino hecho de maíz, tanto que los embriagan, y viéndolos sin sentido, los meten en las sepulturas para que tenga compañía el muerto. De manera que ninguno de aquellos bárbaros muere, que no lleve de veinte personas arriba en su compañía, y sin esta gente meten en las sepulturas muchos cántaros de su vino o brebaje y otras comidas. (De Cieza de León, 2005, pág. 97)

La embriaguez de alguna forma desnaturaliza el olvido, recuerdo permanente que fue borrado de los anales de la escritura: tradiciones, usos y costumbres que no se escribieron, no obstante fueron guardadas en la memoria y surgieron justo ahí donde la escritura perdió el oriente, perdió el sur, perdió su otra cara. La dimensión melancólica surge natural frente a la

relación espacio-temporal erigida en el pasillo, un campo de experiencia musical en los horizontes de expectativas que singulariza un modo de ver y entender los acontecimientos, una puerta de entrada a la dimensión ritual que se entrega y recibe desde el instante donde la voz del otro se hace presente y logra la comunión con ayuda del licor que desinhibe el espíritu para luego ser palabra, apaparamiento y rescate de la memoria.

Por otra parte, la condición geográfica si bien no es determinante a la cultura y las formas sociales, tiene una relación profunda con sus saberes y creencias. El altiplano andino emite en los ríos, en los vientos, en las montañas, guaicos y cañones una voz que canta en los sonares la memoria, un adentrarse a los espacios mágicos donde las plantas y las pócimas embriagantes amortiguan los embates de sus seres tutelares, ahí es cuando la palabra tiene lugar, en consecuencia, los estados del tiempo hacen de la melancolía una estación de corta y de larga duración.

¿Qué es la nostalgia sino el territorio que rememora el corazón? las huellas simbólicas de la memoria indican como el mundo andino se impregnó de sentir el espacio natural, de vivir tiempos y lugares duales junto a sus seres cercanos y espirituales, conviviendo en armonía, desatando la fiesta, entregando la vida a las estaciones míticas como llanto de comunión al infinito, geometrías que entronizan de tiempo y el espacio.

HOJA SECA

Yo soy como las hojas
en el verano ardiente
como las aves tristes
que sus nidos
ya han perdido

como el arroyo humilde
que corre mansamente
a perderse en los mares
del dolor y el olvido.

Soy como todo charco
silente y tembloroso
espejo de dolores
de angustia
y de zozobra.

Soy como todo bosque
de árboles musgosos
de troncos agobiados
por crueles
decepciones.

(Saltos Quijano & Carpio Abad, 1982)

La melancolía y la embriaguez: aventura humana en la modernidad y su oscuro paisaje, verdadero reto de los caminantes musicales. Atreverse a andar estos extraños parajes implica adentrarse a un mundo no solo inquietante sino, en muchos casos antagónico, someterse igualmente a las experiencias del inconsciente colectivo. El síndrome de encerramiento en el pasado o jaula melancólica al buen estilo de Roger Bartra, permite comprender las configuraciones culturales en términos eclécticos; la melancolía y la embriaguez no dejan de

tener sentidos en la pérdida de lo propio, narración constante en las líricas del pasillo que se ve en composiciones como “El Provinciano” y en “Rebeldía” y tantas otras composiciones no menos sentidas.

En una época en que las identidades parecieran florecer como hongos en húmedos campos, en un régimen moderno cuyo telón abre y cierra espacios multidimensionales, donde las lógicas sociales ya no siguen el régimen de la comunión, se hace necesario pensar entonces en el fenómeno antropológico de la melancolía como retorno a la memoria así, pensar de manera poética y con espíritu respetuoso, el anhelo singular de sobrepasar la identidad hacia una comunidad plural a fin de reflexionar nuestro estar, no sólo desde la cantina y el pasillo sino desde los espacios invisibilizados y satanizados por la cultura occidental, sitios que logran que las comunidades de estas tierras se repiensen como dueños y autoridades de su territorio.

Si el lector se preguntara cuál es relación existente entre la melancolía y la embriaguez a través del pasillo, creo y según lo he discutido en este ensayo que ella, se da en los procesos de la memoria que reconocen las narrativas cotidianas las composiciones gestadas sin prejuicios, sin verdades, ni vanidades, sin intención de un recuerdo perfecto, a mi entender posibles en el yaraví y en el pasillo. Además preguntarse por el encuentro de estos mundos implica desentrañar los antagonismos que existen en el silencio y el canto como lo plantea el investigador (Haber , 2011), en “La No Metodología Payanesa”:

A todo vestigio le sucede la ruptura que lo transforma en presencia y ausencia, sujeto y objeto, lenguaje y silencio. Cartografiar los antagonismos sociales es

franquear la cisura convocando a los espectros, silencios, y negativos en conversación con el mundo y su lado interno. (Haber , 2011, pág. 20)

Canciones eternas donde la noche fue hecha con la música porteña, caribeña o andina, con cantantes emblemáticos y canciones de la nueva ola, con esos amigos que aún pasan por esos rumbos como buscando el tiempo perdido, como encontrando el lugar olvidado. Hoy se entiende más que nunca, que estos versos, melodías y letras están contruidos a través de la experiencia propia y ajena, de lejanías y proximidades que nacen en la desesperanza, en la quimera, en la añoranza e incapacidad de no volver al lugar donde alguna vez fuimos felices.

¿Melancolía acaso?: “Ahora que conozco la ciudad de mis dorados sueños/veo realizada la ambición que en mi querer forje/ Es cuando el desengaño de esta vida me entristece/Y añoro con dolor mi dulce hogar” (Martínez, 1987). Estos versos muestran la paradoja andina, cuando la felicidad pareciera acontecer, es precisamente el cenit de la tristeza, pues el recuerdo llega cual si fuera el ángel de la memoria que rompe esa felicidad individual y acontece la melancolía, el dolor del otro, del padre (patria), de la madre (matria), del mestizaje, la transculturización y trashumancia del ser andino.

He visto a los indios del ecuador cantarle en quichua al maíz cuando esta señorita, y no su chagra la que alberga el maizal, es cualquier otro patio, más él canta, porque la memoria y honra debe ser universal. Mas sin embargo hay un rayo de luz que vuela con la libertad de la vida, un viaje imparale en el tiempo, un amanecer que dice que el sol en segundos estará en el oriente de cada camino del porvenir sureño.

De raíces austriacas y alemanas, el pasillo, llamado así por en la brevedad del paso en el baile, se acompaña rítmicamente por el compás a tres cuartos. Nace en Colombia y siendo el símbolo de su gestación porta composiciones musicales significativas en la nacionalidad e identidad ecuatoriana; esta autoridad musical ha hecho cojear éstos dos estados-nación. ¿Qué tiene el pasillo en voz de Carlota Jaramillo, Olga Gutiérrez y el requinto de Homero Hidrobo, Olimpo Cárdenas, Julio Jaramillo o el dúo Benítez y Valencia que parece llorar al más noble y melancólico estilo de huayno? Este espíritu musical se reconoce, en la conformación de imaginarios libertarios desde los primeros momentos de la Nueva Granada, no casualmente se origina al pie de la independencia.

Queda claro que ella no se define dentro de fronteras, sino más bien se teje y se limita por el lenguaje que es común para todos en el pasillo. Este lenguaje rítmico no representa límites fronterizos entre los países en sí, por el contrario figura y construye nación.

Muchas veces, cuando ocurren esos cambios políticos e ideológicos tan fuertes, algo del signo musical también cambia y es posible quizás detectarlo o quizá confirmar una hipótesis que uno ya tenía –es el propio sistema musical el que denuncia que algo está cambiando (Carvalho , 2003, pág. 40)

Podemos encontrar en el pasillo una forma de resistencia estética que permita re-existir y devenir una imagen del ser andino desde la cotidianidad, que sea capaz de proponer una postura ético-política frente a la diversidad cultural, la inmersión del capitalismo y el escepticismo político que afronta los países periféricos del contexto global.

En los andes meridionales, desde tiempos incaicos estas sociedades enfrentaron procesos dolorosos de colonización que fracturó el decurso natural de la memoria, sin embargo el pasillo se ha convertido en el catalizador, testimonio vivo de los cambios acaecidas en éstas comunidades.

Por lo tanto, urge aclarar o en el mejor caso, repensar la melancolía a partir del pasillo y su contexto antagónico al de occidente, sedimentaciones históricas que experimentaron tanto colonizados como colonizadores. De aquí la afirmación que el pasillo es el resultado de una fagocitosis que deja un rastro en lenguaje del estar, siguiendo a Rodolfo Kusch (1975) tenemos:

Entonces desde el punto de vista indígena, es natural que se dé la fagocitación, ya que ser alguien es transitorio y de ningún modo inmutable y eterno. Por eso el ser alguien y el estar aquí mantienen una relación como de hijo a madre. Y evadiéndonos del plano indígena, diremos, ya en un terreno ontológico, si se quiere, que esa fagocitación ocurre en la misma medida en que la gran historia –o sea la del estar- distorsiona, hasta engullirla, a la pequeña historia –la del ser- Y es que la fagocitación es una ley primitiva que consiste en que sea natural que haya distensión y que la tensión, como la del ser, sea antinatural o circunstancial (Kusch, 1975, págs. 176-177)

Ese pasillo que se gestó en Europa creado para las elites, es traído por la colonialidad del poder como diría Aníbal Quijano (2014) a estos rincones olvidados de América, sabiamente estos pueblos lo tragan o lo degluyen invirtiendo su finalidad, el pasillo en la nación andina meridional se convierte finalmente en un texto de rebeldía cantado, contestatario y porque no decirlo revolucionario.

Para culminar mi escrito y haciendo justo honor a mi propia memoria quiero cerrar esta página con la letra del primer pasillo que escuché en la casa de mi mejor amigo en memoria de su abuelo fallecido. Desde aquel día me pregunte por qué el sentimiento de su letra y música hacían vibrar mi sangre como ninguna otro ritmo. Inquietud que rondó en mi cabeza por mucho tiempo y que hoy veo esclarecida a lo largo de este escrito, que siendo académico lleva el latido de mi propio existir. Hermoso acontecer de mi juventud que me ha permitido conocer a sabios como Marino y Armando Coral, el profesor Javier Benavides, Fanor Cabezas, quienes con su propia historia alimentaron la mía y alumbraron con faros mi viaje vital, camino de escucha, conocimiento y embriaguez.

CUANDO LLORA MI GUITARRA

Cansado de llamarte

Con mi alma destrozada

Comprendo que no vienes porque no quiere Dios

Y al ver que inútilmente te envió mis palabras

Llorando mi guitarra se deja oír su voz

Y al ver que inútilmente te envió mis palabras

Llorando mi guitarra se deja oír su voz

Llora guitarra porque eres mi voz de dolor

Grita de nuevo su nombre si no te escuchó

Y dile que aún la quiero que aun espero que vuelva

Que si no viene mi amor no tiene consuelo

Que solitario sin su cariño me muero
Guitarra tu que interpretas en tu vibrar mi quebranto
Tu que recibes en tu madero mi llanto
Llora conmigo si no lo vieras volver

Llora guitarra porque eres mi voz de dolor
Grita de nuevo su nombre si no te escuchó
Y dile que aún la quiero que aun espero que vuelva
Que si no viene mi amor no tiene consuelo
Que solitario sin su cariño me muero
Guitarra tu que interpretas en tu vibrar mi quebranto
Tu que recibes en tu madero mi llanto
Llora conmigo si no lo vieras volver

Y dile que aun la quiero que aún espero que vuelva
Que si no viene mi amor no tiene consuelo
Que solitario sin su cariño me muero
Guitarra tu que interpretas en tu vibrar mi quebranto
Tu que recibes en tu madero mi llanto
Llora conmigo si no la vieras volver

(Polo Campos, 2017)

Capítulo III: Reminiscencias, Sol de Odonatos



Ilustración 2: **Charlie García**, Corazones de libélula. San Juan de Pasto, 2018

Bella oportunidad del Facebook

Que cuelga en tu memoria “elegía”

Otro Sigé que ha muerto

Poeta hermano de mi vida

ADRIANA ENRÍQUEZ

¿Cómo conocí a mi tío Armando? Qué buena pregunta. Es la primera vez que me cuestiono este punto y por necesidad vital de hablar de él me permito explorar mi mente en busca de algún recuerdo, un momento que agigante en mi cerebro adulto, la sensación cósmica que una niña debe experimentar al sentirse segura en su camada familiar. Siendo animal, el ser humano

necesita protección y abrigo en todo momento de su vida, incluso durante y después de su muerte. Latido ontológico de los de los astros.

Me cortaba el pelo, los churos dorados. Tres o cuatro años de vida y escondida en la última habitación de la casa de mis abuelos paternos, de cuquillas y a un lado de la máquina de coser, me desprendía mágicamente y asistida por dos láminas plateadas, delgadas y brillantes aquello que sentía que no era mío. Las tijeras de la abuela siempre a simple vista, al igual que los hilos, las agujas, los paños, la tiza, las reglas de sastrería con la que se saca el molde de las prendas.

No sé si me desprendía de lo que sentía no era mío, o simplemente me gustaba escuchar el chasquido metálico al cierre del aparato metálico.

Así, ahondada en mis recuerdos niños, el trazo de la tiza sobre el pantalón de mi abuelo me parece ahora una forma espectacular de escritura. Miraba los dedos nudosos pero hábiles de mi abuela pasar la tiza lentamente, aplanando con sus palmas la tela. ¡Claro! tal vez, el primer trazo, la primera forma de escritura, la miré en esa sencilla maniobra que frecuentemente hacia mi abuela Fanny, pasando la tiza para tomar la medida para “subirle la basta a los pantalones” de mi abuelo Jaime; tiza que se usaba también para delimitar el volteado de los cuellos de las camisas, cambiar cremalleras, coser y parchar los bolsillos de los pantalones y de manera específica dar un buen respunte al bolsillito invisible, que cierto lo era bajo el lado izquierdo de la pretina del pantalón.

La primera escritura la miré allí, entre el almuerzo precario y afanoso que tenía que hacer mi abuela y el grito casi jocoso de mi abuelo. Grito cantado que salía de ese cuarto contiguo a la cocina como anuncio de una nueva tercerna o promoción de almacén de zapatos: “¡vieceejaaaa! ¡vieceejaaaa! que fue del pantalón” lo necesito para hoy” y el gracioso ¡Juy! ¡Juy! ¡Juy! Que

acompañaba con el sonido seco y fuerte de sus palmadas sobre su muslo, como quien mueve con este pase instintivo y amoroso a las ovejas.

Recuerdo la tela azul marino de los pantalones, y la línea delgada que dejaba la tiza. Se elevaba entonces una especie de humito blanco entre el paño y la misma tiza, un halo de esplendor a mis ojos que miraban a nivel de la mesa de costura; de ahí al exterior todo me era alto, inalcanzable: la plancha, las matas algo descuidadas y a medio colgar en las paredes, el afiche de un camino verde con sol, mi mameluco todavía húmedo pendiendo de la guasca en espera al igual que yo del fin de semana para salir a pasear con mi mamá.

El interrogante constante para esa pequeña niña de pelo *cachicado*, de pelo acabado de salir de la más incipiente peluquería infantil: ¿cómo es que el pantalón de mi abuelo no se mancha, ni se rompe al paso de esa tiza tan delgada y cuadrada? Pienso ahora que el arte de escribir sea solo ello, no manchar ni romper, sino el arte de saber romper, de saber aclarar en lo manchado.

Los días seguían construyendo sin saberlo, un recuerdo inagotable a lo largo de toda mi vida, tanto así que podría contarlo al mínimo detalle, empezando por el color desgastado de la baldosa del patio y terminando por el largo zaguán que después de las seis de la tarde debía permanecer oscuro “*para ahorrar luz, no ve que está saliendo cara la factura*” escuchaba a mi abuela decir con frecuencia.

Siento con estrépito esa piel de gallina que debió sobrevenir a mi joven madre al entrar por más de tres años en esa boca negra después de sus duras jornadas laborales.

Entre los continuos quehaceres cotidianos de esa mujer ahora más delgada por la indiferencia de sus padres, de lo que para ella eran los llamados “fines de semana”: lavar ropa, planchar, cocinar, barrer, ordenar; actividades dolorosamente adicionales a sus días de trabajo en una oficina de pago con salario mínimo y un rudo interés drásticamente marcado al fracaso para

sostener un matrimonio construido de esperanza y cariño, sumado a una lastimera ingenuidad de su espíritu, llegaban los encuentros familiares, como un bálsamo para al menos salir cada ocho días a hablar con su hermano Armando y contarle vagamente sus problemas matrimoniales.

Tardes soleadas para mí. Mi madre me llevaba caminado hasta la casa del “tío Armando”. Bajábamos por la carrera 23, hasta encontrar “EL Colorado”, una calle empinada, una montaña rusa para mis pies niños, ¡que bajada tan delirante! Como diría mi madre: *“Aquí bajamos arriadas hija a pleno sol, pero de regreso y con la noche ya la cuesta se hace pesada”*. Montaña rusa que felizmente culminaba en el gran portón de madera, alto, robusto, tallado con flores enroscadas y enmarcado en bordes salientes que le ponía más potencia a su carácter de rudo protector y escudero, detrás de él se abría el corazón de mi tío, se abría un mundo de sueño, de maravilla.

Tras el golpe apresurado de mi madre sobre el aldabón herrumbrado y grande, se escuchaba la voz del tío Armando apenas bajando las gradas.

- ¿Quién es?
- Mijo soy yo.
- ¡Ya voy hija!
- ¿Cómo está?
- ¡Qué bueno que haya venido a verme .

Y claro, mi mamá también le contestaba desde afuera: -Bien mijo gracias... ¡Buenas tardes!
¡Vea aquí por venir a verlo!

Las manos grandes, pesadas y amplias de mi tío se bajaban a mi estatura para cargarme, acto que siempre se repetía en el umbral de su puerta casi todos los fines de semana. Este y no otro, fue el primer encuentro con mi tío, que a punta de repetirse llegó a entranar en mi mente que un tío es un hombre grande y risueño que carga, adula y le pasa la taza de café soplándola anticipadamente para “*que la niña no se vaya a quemar la boquita*”.

Así fue como comencé a sentir su calor corporal, su risa blanca, a ver cómo el humo de su cigarrillo se paseaba entre los dedos de su mano izquierda la cual separaba amplia del costado de su cuerpo “*para no quemar a la Yeyí o la Yeyita*” el diminutivo que el usaba para mi nombre, diminutivo que usó siempre. Nadie más en mi familia me llamó así hasta el día de hoy. Una manera muy suya y privada de asignarme a su querencia. Privada desde nuestras almas, como privados fueron muchas de nuestras charlas, en aquella adolescencia mía, apoyada también sobre los grandes barandales de la casa grande, con la música a todo volumen, ebrios, abrazados, compartiendo el cigarrillo. Hablando de las mismas penas nuestras, o de las mismas penas de los otros, dejábamos que el frío de la madrugada descendiera a nuestras cabezas, a nuestros ojos que se obligaban a estar abiertos. Necesitábamos ver al sol salir, necesitábamos “*que amanezca*”.

Muchas veces miré muy junto a mi cara de niña esos ojos verdes, sinceros, risueños. Ojos que después de su muerte me han sobrevenido más verdes y profundos que los de aquellos tiempos.

Este ritual de cada ocho días en casa de mi tío Armando, traía para mis primos y para mí la probabilidad de un helado, de una paleta. Acercarnos a los pequeños refrigeradores de puertas de vidrio de Crem Helado, que permitía ver el sinnúmero de sabores, clases, conos, chococonos... era como entrar a un mundo de felicidad y fantasía, pura estrategia vidriera de mercado que un niño no entiende pero que lastimosamente es tal vez uno de los primeros acercamientos que el

infante tiene al consumismo. Ya los *cholados* de guayaba, de piña o de coco habían sobrepasado el gusto infantil. Y saber hoy que no hay nada más cremoso y dulce que un “helado” hecho en casa. Y digo helado porque sólo escuché la palabra “*cholato*” hasta mis seis o siete años. Pareciera que “*cholato*” es tristemente ahora el apodo para un amigo casual de la infancia o de bachillerato a quien le llega el mote por delgado, callado y alto... una especie agraciada de “*tiritingo*”

Sí, los *cholados* hechos en casa, que diversión, remojar los palitos, limpiar los moldes de aluminio, licuar la fruta, rectificar la cantidad de azúcar... el vaciado perfecto y esperar que enduren.

Días de descanso para mí. A mi tío lo miré siempre barriendo esa casa inmensa, haciendo el aseo a los baños, barriendo los largos zaguanes, las gradas de piedra, los rellanos, alzando las hojas del árbol sembrado en la mitad del patio, cambiando las instalaciones eléctricas, pintando paredes, reparando las bombas de los inodoros, cambiando empaques a cuanto grifo se dañaba, reparando goteras, limpiando los hisopos en la poceta desgastada y verde en las aristas de cemento cuarteado que albergaban plantitas diminutas entre el hongo natural de la humedad. Hábil con sus manos grandes, hábil su corazón gigante.

Contraprestación de arriendo por aseo, celaduría, mensajería y oficios varios de esa gigantesca casa que además cuidada como si fuera suya. Bueno, tenía dos hijos y una esposa, mi tía Miriam. Debía proporcionar al menos unas dos o tres piezas, un baño y una cocina improvisada para crecer los muchachos.

El buen genio de mi tío Armando, su gentiliza, su generosidad desbordada -como desembocada la ingenuidad de mi madre-, su entrega al cuidado de esa casa y de los arrendatarios de las oficinas, la mayoría de ellos abogados, lograron la completa confianza de los “Señores

Mora” dueños de la ya demolida casa de la veintitrés, donde funcionó por tantos años “Fellettur” y sede oficial de ANTHOC de Nariño, el Sindicato de los trabajadores de la salud del Departamento. Otrora casa de uno de los mejores médicos de Pasto, el Doctor Fernando Mora, cotizado al máximo por sus conocimientos y acertadas recetas. Médico particular y cabecera de los adinerados de la época que mi abuelo materno, mi papá Luis, como hasta ahora lo llamo y difunto a mis cinco años de vida, nunca pudo acceder.

En virtud a su particular sencillez y ya con la confianza ganada por parte de los dueños de la Casa Mora, logró mi tío Armando la anuencia del préstamo vitalicio de uno de los salones grandes donde se festejó por más de veinte años bautizos, primeras comuniones, matrimonios, grados, día de la madre, día del padre, novenas, veinticuatro y treinta y uno de diciembre, y el tradicional desenguayabe de los primeros de enero que no eran otra cosa más que la prolongación de la fiesta.

Amante de las fiestas, y el licor, mi tío lograba reunir a todos mis tíos y primos, a conuñados y cuñados, con la misma diligencia que persuadía a los demás miembros propios y políticos de su familia y de los de su mujer. Obviamente no podían faltar algunas parejas matrimoniales o “*rejuntados*” como él lo decía, de amigos que los consolidaba ya en su trabajo de mensajero o de conserje de la casa a su cargo.

Temprano arreglaba la casa. Prendía leña para cocinar las papas, el frito, el caldo de gallina. El jugo de piña o de mango que útilmente dejaba en el gran balde amarillo cubierto con la tapa de la olla de aluminio número cuarenta siempre lo vi sobre el piso y arrimado al lado derecho de la nevera.

Prestaba la casa, pero además colaboraba en todo lo concerniente al festejo: el alquiler y posterior entrega de las sillas Rimax, las cuales procuraba sean del mismo color y estilo. Si no era así, escondía en la oficina contigua las desadaptadas sillas hasta tanto fuera necesario utilizarlas. Recogía el pastel, compraba la carne de marrano para sazónarla desde la noche anterior, seleccionaba los aliños, ordenaba los platos desechables y todo esto terminaba en *“pegarle una buena enserada al piso del salón, no ve que es de madera. Para bailar suavecito”*.

Lo escuchaba con frecuencia decir: ¡mijo! o ¡mija!, dependiendo del dueño de la fiesta:

-Déjeme no más la plata a mí para darle comprando las cosas. ¡Para qué se va a bajar de tan arriba usted!. Aquí en el centro todo me queda a boca de jarro: allí en la dieciséis está la tercena, aquí arriba no más, queda la Casa del Ponqué y las sillas allá atrás con la *“Señora que Singa”* que tiene un letrero de alquiler.

Mi tía Miriam, quien no podía opinar o negarse a las repetidas solicitudes de préstamo, y en un amoroso acto interno de ser aceptada por la familia de su marido, terminó resignándose a estas labores, a estos quehaceres jactanciosos y por demás no valorados con justicia. Fiestas, encuentros y reuniones tan ineludibles para reafirmar y mencionar de alguna manera la vida.

Entre los globos puestos en cadena y los letreros de “BIENVENIDOS A MI FIESTA” o de “FELIZ CUMPLEAÑOS”, novedosos por su colorido, brillantes sobre la textura livianísima del icopor, engarzados en las paredes bastante altas del salón y gracias a la rígida estructura de la escalera de guadua que mi tío reparaba con frecuencia con alambre de amarre, se iba consolidando silentemente en mis anaqueles personales la inusitada cualidad de ser un buen conversador, cual es la permisión de ser el espacio donde vive la memoria. Memoria que es puesta siempre en tiempo presente gracias a su eficacia de transportar no solo remembranzas a cualquiera de los tiempos, sino de traer consigo el significado intrínseco del espíritu de las

cosas, sean ellas color, sonido, aromas, sentimientos, experiencias y demás vitalidades de quienes recuerdan. Facultad latente de quienes se estrechan en el proceso conversatorio donde se cuenta la vida.

Ahora que lo pienso, con agudo asombro entiendo que no era su morada ubicada en el centro de la ciudad el pretexto para su generoso servicio a los demás. Era su corazón el que pulsaba al ritmo de la sangre del otro. Ese corazón rojo como el de todo ser humano, pero cierto como pocos. Esto por un lado, por el otro, siempre tuvo una insistente tendencia a la angustia por el dolor de amigos, parientes y extraños. De manera especial si los sabía desvalidos, desprotegidos, desheredados de la vida. Con una madre extranjera e indolente como la de mi prima Nataly, hijos de madres que debían encargar a sus menores para salir a trabajar o menores de padres ausentes como yo.

Junto a sus dos primeros hijos, y a diario siempre había uno o dos de nosotros allí, en ese caserón de tejado alto y antiguo. Jugábamos por todos los recovecos, bajábamos las gradas de madera que conducían al pequeño huerto casero, corríamos incesantes por los largos pasillos que protegidos con pasamos grandes, marrones y toscos de madera dejaban pasar el sol formando en el piso equidistantes y perfectos jarrones sin flores. Si, corríamos, reíamos, mientras hueso, carne y sangre seguía su curso a niños más grandes, sin darnos cuenta que la vida ya nos había marcado con la luz de una estrella poco benevolente.

En la mayoría de las ocasiones y no siendo la fiesta motivos propios, nos recibía de corbata, perfumado con loción. Pantalón y camisa bien planchados, habilidad de mi tía Miriam para quien la máquina de coser, los botones, las agujas y los hilos han sido hasta ahora un medio casero para alivianar los gastos de la casa con su “Clínica de Ropa”.

Me veo nuevamente aquí, niña otra vez, entre el sonido de la máquina de coser de mi abuela Fanny y mis churos dorados en el piso y la máquina de coser de mi tía Miriam.

Escuchando ese tac, tac, tac, tac de la aguja número catorce o dieciséis a veces lento, otras más rápido, obedeciendo a la voluntad del pedal que también tiene su propio zumbido, sonoridades fáciles de distinguirse una de la otra. Pedal mecánico o eléctrico adaptado en la parte inferior del mueble. La máquina de coser, artefacto casi obsoleto, desplazado por las grandes industrias de confección modernas y hasta electrónicas. Hoy en mi memoria objeto tan cercano, querido y amado como mi cama, mi almohada o mi silla.

Subía de la mano de mi madre las gradas de piedra, pasaba por zaguanes hasta golpear en la oficina del fondo, ahora, por generosidad de los dueños de casa, convertida en la sala de recibo de mi tío. Se abría la puerta y la luz amarilla intensa que salía del bombillo de 100 bujías colgado en el centro de esa habitación lograba encandilar mis ojos, habituados a las luces amarillentas de fuera que no alcanzaron nunca a alumbrar con honestidad esa propiedad de museo.

El contraste de amarillos, ponían en la figura fiestera de mi tío una luz raramente apacible, melancólica, triste. Yo miraba en él y con la noción de amor que una niña puede albergar a los ocho años, un resquemor hacia la vida, un desconcierto que trataba de ocultar por medio del jolgorio, las bromas y los tragos.

Pasado algunas horas de baile y bajo el efecto travieso de unas copas de más, sus apuntes graciosos u ociosos eran más rimbombantes, lograba entretener a todos los invitados. Nunca se propuso ser el centro de atención pero lo disfrutaba como si alguna vez lo hubiese planificado o deseado. Sé que desde ese entonces y hasta el día de su muerte esa manera tan suya de palabrear, su grácil, veloz y negra habilidad para acertar con sus apuntes, escondía un dolor profundo, un humo gris en el pecho.

Sabía reír con gran voz y a carcajadas, repitiendo una y otra vez la parte más irónica del chiste o apodo, cambiando el tono e intensidad de voz, acento y longitud a vocales o sílabas, cambiando el orden lógico de las palabra para volverlas cadenciosas o secas, acentuando así, más la gallardía de lo dicho. Cuando todo iba quedando en silencio, yo alzaba a mirar a mi tío, la tristeza comenzaba a ocuparlo nuevamente en los primeros pliegues de su rostro y en las comisuras de su boca.

Mi madre recuerda a mí tío con la canción de Pastor López “oye traicionera cuando yo me muera, donde yo me encuentre rogaré por tu alma”. Sencillo de 45 revoluciones en acetato que mi tío había logrado comprar con varios meses de ahorros cuidadosamente guardados entre las medias y de las cuentas deliberadamente mal hechas a su favor, “la sal” decía mi mamá en tono avergonzado; forma de pagarse el mandado de las compras que mi abuela le encomendaba: los pambazos, las ayullas, las pastillas de Knorr, la carne... Monedas de cinco centavos, que nunca conocí, o acaso “*el peso de uno*” o “*el peso de dos*”. Dinero que cuidaba celosamente para comprar en el centro el disco sencillo que yo conocería en las fiestas familiares.

Mis recuerdos a él, en cambio, están adscritos de primera mano a la gracia, a la mofa, a los apodos que colocaba a propios y extraños, a su generosidad sin medida, al escritorio de las herramientas, a los grandes bafles que el mismo hacía con tablillas de madeflex, a los parlantes auxiliares y mayores que instalaba y desinstalaba hasta lograr el acople y sonido perfectos. Torres de sonido caseras y de buena acústica que luego sirvieron para recordarlo junto a la buena música, al cigarrillo en su mano, al licor y a las charlas que durante largos años aprendí a escuchar con él.

Mi tío Armando no cursó carrera universitaria, pero leía cuanto caía a sus manos, se enteraba del mundo político local en las emisoras radiales de la ciudad, en especial de las emisiones diarias de la “Ecos de Pasto”, emisora obligada también en Diciembre para escuchar “Preludios de Navidad” con el ya fallecido Guido Cortés, o “El Pronto” como decía mi tío.

Considerando este apelativo tan conocido en Pasto, pues el mencionado locutor fue uno de las más destacados cultores de su época, y trayendo a la memoria cómo mi tío imitaba al Señor Cortés, poniendo como micrófono su mano derecha empuñada sobre su boca, asocio ahora que “*El Mayor*” como decidimos todos sus sobrinos llamarlo en una noche de tragos, tenía una especie de jocosidad proceder con la palabra, al preferir referir a las personas por el apodo antes que por su nombre propio, hecho que lo hacía sentirse inmediatamente cómodo como para imitar ya su caminado, gestos y movimientos de manos y cuerpo.

En esta performance casera, cotidiana y sin la más mínima reserva mi tío lograba expandir esos espacios constreñidos, poco resueltos de su carga emocional acuñada desde muy niño, en su propio acto ético también de complicidad con la vida para tratar de despojarse a diario de sus carencias afectivas y económicas. Circunstancias que hicieron de él un ser humano sensible a todo y a todos. Sensibilidad que las veía yo reflejada en los estribillos de las canciones que cantaba en todo momento ya sea sobrio, al llegar del trabajo o en esos días de trago donde parecía acuñar las letras musicales paralelamente a su vida.

Esta sensibilidad a flor de su boca, que era como su piel, igual al color amarillo que comenzaba a tomar la casa grande después de las cinco de la tarde, cuando las oficinas comenzaban a cerrarse y a quedar silentes zaguanes y patios.

Hombre palabra fue mi tío. Que gran conversador era. Nombrar o renombrar lo ya nombrado, no sólo fue para él una práctica casi diaria, sino en ocasiones, una especie de ejercer su derecho natural de auto justicia para mostrar inconformidad con algo o con alguien. Incluso llegó a apodar las cosas u objetos de su casa y escribirlo con marcador: “Ataúd de Bacerolas de la Señora Blanquita”, por ejemplo, título con el que rotuló la caja de cosméticos de mi tía Miriam, de quien Blanca era su primer nombre.

Tengo ahora la certidumbre que esta forma de ordenar su propio mundo a través de apodos, risas, burlas, ironía, música, y licor no fue más que la muestra más corpórea de enseñar la desheredad en que lo había puesto la vida. Que le había negado tantas cosas, como me lo dijo más de una vez en su lecho de muerte:

- Mija, la vida me negó todo, hasta el derecho de ver a mi Katika cumplir sus quince años. ¡Este puta cáncer ya me tiene cogido de las pelotas! – Palabras enunciadas en la fragilidad de su vida y en la cercanía de su muerte.

Palabras y reflexiones hechas con verdad, palabras que adquirirían un sentido alto de la vida, matizadas con la persuasión de quien puede comprender desde su cuerpo enfermo sus errores, sus defectos y avaricias humanas. Palabras mayores, soslayadas con su negro humor que se volvió más recurrente para sí mismo mofándose de su estado y dolencias propias.

No hay, pues, en mi memoria algún detalle de su vida o de su muerte que no esté enlazado con la carencia, con la ruda vida que debió soportar siempre.

Páseme otro trago mija, por esa canción que me acuerdo desde niño de mi papá:

Al calor

De tus dulces

Palabras persuasivas

Se enciende tus pupilas

Con luces de esperanza

Tu esbelto cuerpo tiembla

Como flor sensitiva

Y en tu rostro apacible

Una lágrima avanza

Y en tu rostro apacible

Una lágrima avanza

- ¡Jueputa! Mi Yeyí, que pena, hija. Mientras tomaba con gran fervor la copa en su mano, la miraba como conversándole al pequeño recipiente de vidrio. Sus lágrimas resbalaban una tras otra, hasta llegar a ser gemidos irresueltos.

- El pito Luis, el man sí que era bravo hija. Pues a Usted hija mi Yeyita la quiso como a nadie. Era severo. Que muendas que nos daba hija. Pero es que tenía razón, cuántos hijos y con el pago del man quien comía todo el mes completo hija. Nos cuereaba por todo, sin tener razón la mayoría de veces. Eso venteaba correa y con la hebilla todavía, al que era y al que no era. ¡ Ja ja ja! Se tomaba otro trago para calibrar las penas que se agolpaban en su garganta.

Continuaba su narración con palabras acompañadas del peculiar olor del aguardiente. - El man se ponía a “impartir justicia” ¡ Ja ja ja! y cuando cogía el perrero o la correa había que echarse a esconder... y jueperra que mano tan pesada tenía el pito Luis, eso solo de unos cuatro perrerazos lo moreteaban a uno las piernas, la espalda, por donde lo cogiera. Pero, ¡pues! Que se va a hablar, varias de esas pelos uno si se las merecía, sino no hubiera sido por el carácter, temple y ejemplo de pito, un fuera cualquier valcache.

- ¿Sabe hija por qué es que lloro? Me decía tropezando sus palabras y tabaleando su cuerpo.
- Por esta puta desgracia de verse uno desde niño jodido, siempre empeñado, pidiendo prestado, todo a medias, que si hay para una cosa no hay para otra. De niños que mal que vivimos yo y sus tíos, y ahora pues yo con mis hijos y mi mujer aquí de “coimes” de todo el mundo.

- Que buena esa letra: vea tan didicora: “por conseguir la gloria de tus carnes morenas” eso si es saber decir bien las cosas.

- ¡Salud!.

- El pito Luis, hija, hijo natural del ese puta del Celso, a la abuela Delfina la habían regalado desde niñita a un Convento de Monjas donde la tenía de *entrera*, nunca supo quiénes fueron los papás y si tuvo hermanos o no y llegar ese degenerado del Abuelo Celso estado casado por la iglesia y con cuatro hijos, mentirle y sonsacarla de las monjas. Que es que tenía catorce años apenas y sacársela a vivir a una pieza allá en Túquerres, después la abuela se da cuenta que el Celso es casado y el viejo ese empezarle a dar que mala vida y la votó con los dos niños pequeños.

El Mayor, como le decíamos por cariño, a mi modo de ver nunca tomó para solucionar sus problemas, sino fue la forma singular de traer al presente un compendio de experiencias que hablaban con sus propias voces. Testimonios que fluían pacientes en el transcurrir de la noche y sus copas.

- La abuela no sabía ni leer ni escribir. Le tocó ponerse de lavandera. En ese tiempo que es que lavaban la ropa en los ríos. Y ahí pues” -¡salud! La abuela tenía que dejar al tío Jorge y al mi Pito Luis solos hasta que ella llegaba a las seis o siete de la noche apenas a cocinarles. Cuando había, pues, una sopa de arroz o unas papas cocinadas y hasta nueva orden.

Se secaba las lágrimas casi que reclamando con ellas las injusticias de la vida.

-Dígame hija como uno no va a tomar, de esas güevonadas que pasan. La cucha Delfina no lo quiso a mi papá, nunca lo quiso hija y el pito contaba llorando que varias veces lo levantaba muy de madrugada. Decía mi papá que todo era oscuro y por allá él miraba apenas como se iba aclarando el día. Lo desnudaba y con rabia lo metía al río, zangoloteándolo y pegándole por donde podía, y no contenta con eso se metía al monte y salía con un manajo grande de ortiga y comenzaba a ortigarlo, gritándole que no hay que ser ladrón. Mi papá dice que él tenía si acaso cuatro años.

Mi tío era capaz de sobreponerse a la pena cuando una canción conocida quebraba su diálogo melancólico para luego contar sus sapiencias musicales.

- ¿Oiga hija usted si sabía que Tito Cortés y Daniel Santos eran peleados? Decía ahora, riéndose y levantándose para alzarle el volumen al equipo.

-Verá que Daniel Santos le reclamaba a Tito Cortés porque decía que le copiaba la forma de cantar, le remedaba el estilo. Pues hay una canción ¡que si para que...!, canta con los mismos

tonos del Anacobero. Ahora la escuchamos –agregaba buscando entre sus casetes- me la robaste se llama. Pero de allí a los temotas que compuso y canto Tito, ¡nada que ver! empezando por las distintas tonalidades de voz de cada uno.

- Pero bueno... con el tiempo se hicieron grandes amigos y hasta el Anacobero grabó una canción compuesta por Tito Cortés, ¿Cómo es que se llama? ¡Ahh!... “El Cinco y el Seis”.

- Cámbie el cassé mijá, allí están las dos canciones, Me la Robaste y El Cinco y El Seis. Se servía otra copa, cantando anticipadamente y ya con una voz aguardientosa, ronca y pesada

- “Con un cinco y seis de agarre yo hago mi casa, para poder casarme y tener mujer”.

-Oiga mijá, el Tito Cortés se ha de haber puesto a apostar a los caballos, sino cómo es que compuso esa canción?

-Pues yo apuesto al chance. –Agregaba con cierto temor y una pícara sonrisa - El día que me pagan el sueldo me compro unos pedacitos, aunque yo sé que eso es “*carreeeta*” quien quita mijá que vaya y me gane algo para salir de aquí y comprarles una casa medio decente a mis hijos. No quiero que les vaya a pasar toda la vida aquí aprendiendo a ser celador y mandadero como uno.

- Pase otro traguito. ¡ah que ricoooo está ese Galeras! -Agregaba incluso a sabiendas que la licorera había quebrado hace ya mucho tiempo, otros licores lo habían reemplazado.

- ¡ Ja ja ja! Maracachafero era el Jefe, por allí lo habían metido a la guandoca un par de días porque lo cogieron con la yerba. –Filosofando el mayor complementaba- Ya de mayor ponerse con moralismos chimbos, y que en las entrevistas que le hacían aconsejaba a la juventud para que no cojan vicios, que decía que la vida se debía vivir lo más limpia posible.

-Pues... hija... a un hombre de esos tan recorrido y artista hay que creerle. Que van a estar hablando pendejadas, estos manes hablan por las experiencias de la vida, de lo pasados (exagerados) que eran con las cosas.

Así eran las borracheras de mi tío. Contar sus tristezas, burlarse de todo, y salir con curiosidades de la música, de las orquestas, de los intérpretes, de los compositores. Escuchaba mucho la radio y en especial todos los programas musicales de su época, casi un erudito de la política local y acontecimientos nacionales, así como también de festividades patronales, marchas y protestas sociales.

En ocasiones se tomaba sus tragos con remordimiento. Se quedaba callado por largo rato y sus recuerdos era para sí mismo. Lloraba en silencio y se levantaba a colocar un acetato o buscar un casete para poner un tema en específico.

El remordimiento era en mi tío una manera de no querer contar sus recuerdos más íntimos. La forma de dejar salir eso que no queremos recordar pero que siempre late a un lado del corazón, fue su forma privada de consolidarse con la vida. De entender que de una u otra forma ella siempre es una pérdida.

- ¿Buenas noches hija cómo ha estado?

- Bien tío, aquí descansando un poco y Usted?

- Pues hija por acá me compré un par de “botellos” para celebrarme el día del padre con sus primos y también lo llamé al Alex que baja con el Kaliman, la Leidy y el Zambo. Bájese para que celebremos un ratico, y pues acá ya compré una carnita para el asado y unas cervecitas.

Convocaba y seducía a familiares y amigos, no había cabida a la negación, ya que sus largas charlas fueron las fraternales tertulias de nuestro aprendizaje. Armando fue el maestro de todos

mis primos y mío. ¿Acaso estos no fueron los espacios que invento el Mayor donde la sensatez de la palabra se volvía más humana, más presente? ¿Acaso un trago tomado o bailado no lleva a la sublimación de la palabra y de la vida? Vida que se apropia agigantada con el peso de todo el cuerpo por la embriaguez?

En estas celebraciones y encuentros es donde la historia propia o ajena se convierte en la narrativa del alma, una manera de andar, un lugar común donde la memoria propicia el sentido del ser de las cosas y de la propia existencia. Se recrea el lenguaje en un sin fin de relatos. Aquí en la exaltación de los sentidos y en virtud del vino, se permite hacer del idioma un lenguaje particular, ser otra cosa, una expresión transgeneracional o como lo diría Unamuno, “el idioma es la sangre del pueblo”.

Siente inmensa pena mi pobre alma
 y es porque que te ausentas de mi lado
 ya estoy por perder toda la calma
 que he tenido cuanto te he esperado
 vienes a sufrir algo en la vida
 pero no por eso hasta enfermarse

ya no puedo mas
 no puedo sufrir
 con las penas voy a morir (bis)

Quisiera yo a tu lado estar
 tu frente con la mía juntar

tus ojos de lucero mirar
tu bello cuerpo de ángel contemplar
tus manos de azucena acariciar
tus labios virginales besar
y luego hasta que muera poderte besar
Olimpo Cárdenas, pasión.

A veces pienso que la memoria del tío Armando, es la memoria de tantos hombres olvidados, de aquellos que se hicieron en las fronteras de la pobreza, de estos seres humanos nacidos en los inframundos donde impera la ley de la miseria y la desigualdad. Existe para ellos querámoslo o no, un punto de fuga, una iniciación a la memoria, un tránsito de estos ángeles caídos que empiezan con el día y se inician como tomadores de la embriagante palabra y de licor.

Recuerdo a mi tío decir -Desde ese día me gusto el guarilaque, desde allí comencé a chupar callado del pito. Primero pues en las fiestas del colegio, después en los festivales de los barrios. Cierto que se ha quitado esa buena costumbre que había de hacer festivales en los barrios pobres.

La bohemia que se extiende a los puntos más cotidianos del hombre sencillo en las urbes marginales. Campos hechizados por la rudeza del tiempo, del trabajo mal pagado. Por las nubes oscuras que se sobreponen empecinadas en el más negro de los días. Hombres cada vez más solitarios y abandonados a las miserias que trae consigo el mundo moderno.

La música es obligatoria para el hombre que recuerda, toda historia se acompaña de las prosas musicales, letras que compendian y confluyen en los universos compartidos. Armando, el tío Armando, si sabía articular las letras con sus propias historias, con estas verdades que se

gritan entre silencios y que la única forma de expresión es un pasillo lejano de una región olvidada. Un bolero triste para el amor perdido, un yaraví que llora cantado.

-Por allá en el treinta mija, - continúa mi tío enseñándome con propiedad los saberes que aprendió de la radio y de sus amigos melómanos- Van los primeros verracos ecuatorianos a grabar a los Estados Unidos. El Nicasio Safady no era ecuatoriano, vea que raro, el man había nacido en el Líbano y los papás se vienen al Ecuador, niñito es que había llegado el Safady y se habían radicado en Guayaquil. Este señor fue uno de los más prestigiosos compositores de letra y música de los pasillos, de esos yaravis y de esas bombas que que buenas son para echar paso uno con sus buenos tragos en el guargüero.

-Pues del Ibáñez que es que era otro verraco, le decían el “Pollo Ibañez” ellos fueron los primeros artistas ecuatorianos que lograron grabar en los Estados Unidos la música nacional. Se llamó el Dúo Ecuador. Oiga, mija, que habían llegado a grabar unas treinta y nueva canciones como que habían alcanzado en unos diecinueve o veinte discos. Este dato lo confirmé años después en las charlas y encuentros de melómanos que se desarrollaron en memoria de Isabel Coral.

-Oiga, mija, que será que tiene ese Guayaquil, ¿no? Vea el Julio Jaramillo de allá y este Sadafy también de esos lares costños.

-Vea mija que bueno este, “El Canelazo”, ¿si sabe que ese ritmo de llama cachullapi? este se hizo famoso por Don Medardo y sus Players, pero antes ya lo había grabado el Duo Ecuador, y el compositor fue un Riobambeño llamado Gerardo Arias Arias. Unos temas de este man que es que los ponían la BBC de Londres y aquí la gente le da pena escuchar a la Ronda Lírica o al Maestro Yaqueno. ¡Estamos jodidos! sólo alabando quesos de otras fincas en vez de ver primero

lo de uno. Complejos pendejos de sentirse uno menos que otro. –Agregaba con vehemencia, el erudito.

-Oiga hija, pásame otro traguito, que buen tema el que a horita sigue “Guayaquil de mis Amores”.

Dicen los entendidos que éste fue el primer tema que grabó el Duó allá en las extranjeras, y fue un cuatro de junio del 1930. Por eso hasta ahora en el Ecuador se celebra el Día de la Música Ecuatoriana en esa fecha. En cambio acá en el país de uno, nada que ver con los talentos propios. Al Buitrago tanto hacer se lo oye solo en diciembre. Fausto por ejemplo cantó a dúo con Emilio José por allá en el ochenta y cuatro. Esa barranquillera Ximena, también que voz y lempo e’vieja, pero si acaso salieron en la televisión en uno dos programas y no fueron famosos en otros países.

- Yeyí, ya son las cinco de la mañana, que rápido que se pasó la noche así charladito, tomando y bailando. Venga salgamos al patio ya no más sale el sol. Así acababan todas las noches de bohemia, acompañados de mis primos, su mujer y la música que se apagaba a medio día. En ocasiones era la música la que nos motivaba a continuar la larga faena, conversar, tomar trago, bailar y escuchar esa buena música.

- Vea, hija, esa belleza de sol. El humo del tinto bien caliente como le gustaba a mi tío ponía un aroma a día nuevo a esa borrachera. Este sol sí que está diferente a todos los que he visto. Es como el sol de los primeros de enero o el sol de los venados. ¿Si se ha dado cuenta? Sale bien alto y brilla de una manera como escandalosa, se nota que en verdad ha cambiado el año. -Sí, ese sol fue diferente a todos los que yo había visto con mi tío. Diferente a todos los soles que él pudo haber visto. Fue el último amanecer que vimos juntos el sol, que cantamos juntos, que compartimos un cigarrillo.

Ese fue el último sol que lo vio borracho a mi tío cogido de los grandes barandales de esa casa, cantando a voz en cuello el estribillo de las canciones, llorando como niño, riendo con la experiencia de un hombre corriente hecho en la plena urbe del barrio de la niñez, El Obrero.

No obstante, creo necesario y para finalizar esta narración, a mi escrito que decidí llamar: El pasillo o la cantina, voz y apalabramiento, metáfora que busca develar como la vida despide a quien supo cantarle, a quien la música lo cifró cual libélula con el sol a sus espaldas dejando huellas en arcoíris de la memoria. Ese hombre, mi tío, que habita todos los hombres, que vive en todas las ciudades, que sigue departiendo un trago en cualquier bar o tertuliadero.

Las libélulas comenzaron a entrar en esa casa inmensa, a esos grandes salones, a esos grandes pasillos. No había ni siquiera una fuente de agua cerca para creer que las tornasoladas odonatas se aproximaban a acariciar el agua para poner sus huevecillos. Llegaban al patio, subían al segundo piso hasta llegar al cuarto donde mi tío desojaba sus últimos días. Danzaban casi tiernas, se asomaban a los vidrios y luego salían por el patio trasero. Mi llanto se hizo mordaz, más frecuente pero más limpio. Al fin la Mamita Tierra había escuchado como canto o rezo los dolores de mi tío. Al fin Taitico Sol había enviado sus rayos de luz en las alas grandes de las libélulas para ir señalando el sendero de su partida.

Mi tío ya no recordaba qué día o qué hora era, no recordaba de qué estaba enfermo, no recordaba haber tomado su baño diario o sus alimentos, mas nunca olvidó los nombres de sus seres amados, los apodos con que los seguía designándolos, como tampoco olvidó que estaba muriendo.

Se había olvidado que yo ya llevaba casi dos meses sin salir de su casa. Y como si yo llegara a visitarlo me dice.

- Hola, hija, pues aquí de guayabo todavía.
- ¡Que rasca que nos pegamos anoche con su tío Fran!
- ¡Que buenos tragos!

- Tío Armando, pero mi tío Fran todavía no ha llegado de Popayán.

- Cómo se le ocurre, ¡hija! Usted fue la que no vino. Se la perdió. –Decía en sus delirios.

- ¡Claro que vino! Allí pusimos toda esa música del pito y la de los sesentas y setentas, nos amanecimos y vimos salir el sol. Y que coincidencia cuando amaneció estaba sonando

Reminiscencias, y ahí el sol saliendo y el equipo que lo teníamos bien alto el volumen cantaba:

En mi alma vagabunda se fundió el alma tuya

Como el llano se funde cuando lo besa el sol

-Mija, no me alegue, ¡Claro que vino! Sino no estuviera yo hoy así todavía medio chumado.

- Mija, que será que dice usted, ¿Será que me hará malo tomarme aunque sea solo dos traguitos de esos fuertes?

Acostumbrada yo a su humor negro y estando los dos en la comodidad de su lucidez, lo tomé muy suave del hombro y le dije:

- Pues mayor a estas alturas de ese cáncer ya nada le puede hacer más daño. ¡ Ja ja ja!

Sin emitir más juicios, reímos juntos un buen rato y a carcajadas. Quizá le parecieron palabras oroculares, palabras concebidas en una realidad inmodificable.

- Claro, decía entre risas. Es que esta enfermedad hasta güevon me está dejando. ¡Ja ja ja!

Se quedó en silencio por un momento. Me miró con ternura. Algo de satisfacción se traslucía todavía en ese bello rostro ajeno de vida.

- Pero eso si mi Yeyita, ¡que hijueputa; a mí nadie me quita lo tomado y lo bailado.

En su último miércoles y creo que a manera de despedida me volvió a referir la historia de Simón.

- Probrecito hija, el Simón, fuera que no tenía papá y que la mamá tenía que salir a trabajar en esas casetas de atrás del estadio, era retardadito el niño.

- Me iba a la esquina y le gritaba Simooooon... Simooooon.. Somooooonnnn. Y me le escondía y el chiquito volteaba a ver a todos lados. Cuando me dejaba ver, se contentaba y venía corriendo a pegarse de mí.

- Que pena que me dio cuando tuve que salir del Lorenzo. Que sería del Simón, pues al menos se le pudo calmar varias hambres.

Eran casi las siete de la noche cuando su voz se aclaró por varios minutos. Gemía por el dolor de su cuerpo. Aclamaba a mí abuela. Pedía insistente que la traigan.

- Veá, tráigame a mí mamá. La quiero ver. Traíganmela rápido. Hace meses que no la veo.

Mi abuela había salido con rumbo a su casa apenas hacía una media hora en un llanto inconsolable de ver sufrir a su hijo. Ella regresó de inmediato. Al verla le dijo:

- Mariana: ¡ pata de perro que sos!, ¿Por qué no has venido a verme? ¡Yo aquí hombre tan enfermo!.

- Deme hartos besos mamita, todos los besos que pueda y perdóneme, perdóneme, perdóneme mamá.

Mi abuela con su alma dolida al extremo se inclinó para besarlo, para acariciarle la cabeza, para bendecirlo y le contarle cómo fue que él nació y tantas palabras sentidas que solo brotan del ser que lo parió a uno. En medio de los cristales líquidos de mis lágrimas los vi llorar.

- Deme la bendición, mamita, mi pirinola.

Todos estábamos a su alrededor llorando con él la vida. A todos nos pidió “Hartos Besos” en su último encuentro carnal con los seres que tanto amó, protegió y cuidó.

A mi mamá le pidió que lo bese en la boca mientras trataba de abrazarla le decía:

- Cuide de mi Yeyí.

Ahora que escribo estas palabras con el mismo llanto de aquel miércoles, encuentro un lugar natural en el llamado de mi tío a su madre, mismo que hoy traduzco común al abrazo final que la madre tierra regala al ser que vivió sobre sus pieles y que pide con sollozos regresar al útero primigenio. Llanto que es más incisivo en el mestizo, en el indio que por generaciones ha sido condenado al destierro a la desheredad.

El jueves siguiente antes de salir a la sala de velación, todos miramos llegar a otra libélula, mucho más grande que las anteriores. Al igual que el colibrí los odonatos son hijos directos del sol, son capaces de traer los rayos tornasolados del astro en sus cuerpecitos gráciles y livianos. Brilla el sol en sus múltiples colores en todas sus plumas o en las alas de las libélulas.

Los anteriores cuatro soles ya se había muerto y la vida ya no era posible. Los dioses se reúnen y es el pequeño diosito Colibrí quien se inmola en el fuego, sus plumas chisporrotean y nace un Quinto (¿Quinde?) Sol que da la oportunidad de vida a los nuevos hijos.

El sentido de comunidad que tienen nuestras culturas indígenas se confirma en la fiesta, en el convite, en el simple hecho de compartir en las festejaciones, la comida. La modernidad ha hecho de las festejaciones un hecho relegado a las veredas de nuestros pueblos y ha cambiado los platos de barro por los desechables. En estos tiempos modernos, la fiesta se acaba en los sitios elegantes de alquiler, en el mismo momento que para nuestros pueblos andinos apenas comienza. Donde hay espacio para la charla, para el llanto y el goce que permite, como a mi tío, esperar entre trago y trago “ver salir el sol” devolverse a la vida. Permitirle al sol que atravesase el cuerpo ebrio como rogativa para que de alguna manera se pueda curar la caída de cuajo que dan la soledad, el desasócielo, la desesperanza, ese exilio terrenal, mental y psicológico con los que todavía reñimos, los mestizo, indígenas, afros y campesinos y hombres de América Latina.

Quizá el alma de mi tío Armando era de quinde o de odonato. Atraído siempre por ver salir el sol, su vida fluyo siempre como vuelo, como canto, como festejación y dádiva.

He visto moverse grandes nubarrones, quinde

quisindi quinde, flamígero en el cielo, saeta de la
ventana; no sabes otra cosa que gotear el día con
tus alas verdeazuladas y tu cola gótica, no sabes
más que dibujar en el aire un manojo de presen-
timientos que sólo el alelí amarillo sabe.

(Fragmento del Poema VI. DEL LIBRO Arrayan el Maestro Julio Goyes)

Bibliografía

- Araujo, A. (1971). *Rebeldía. Benites- valencia cantan. [LP]* , Onix.
- Artieda, F. (2006). *Que un hombre macho no debe llorar; una golondrina no hace un carajo: poesía*. Guayaquil: Programa de Rescate Editorial de la Biblioteca Municipal de Santiago de Guayaquil.
- Arturo, A. (2000). *Morada al Sur*. Bogotá: Panamericana.
- Bartra, R. (1987). *La jaula de la melancolía Identidad y metamorfosis del mexicano*. Argentina: Grijalbo.
- Borges, J. (2011). *El hombre de la esquina rosada, en: Historia Universal de la Infamia*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Byung-Chul, H. (2014). *La Agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Carvalho, J. (2003). La etnomusicología en tiempos de canibalismo musical. *Revista transcultural de música No 7*, 45-90.
- Castoriadis, C. (1975). *El imaginario social consituyente*. Barcelona: Tusquets.
- De Cieza de León, P. (2005). *Crónica del Perú el señorío de los Incas*. Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Enriquez, A. (2015). *Pasto: Poema Inedito*.
- Florez, J. (2006). *Mis Flores Negras. pasillos de oro, Olimpo Cardenas*, Suramericana del Disco.
- Goyes Narváez, J. (2006). El Apalabramiento del silencio en Aurelio Arturo. *El Jardín de Freud*, 20-70.
- Goyes Narváez, J. (2013). *Arrayán*. Bogotá: Común Presencia Editores.
- Guaman Poma de Ayala, F. (1987). *Nueva Crónica y buen gobierno*. México: Siglo XXI.
- Haber, A. (2011). Nometodología Payanesa: Notas de Metodología Indisciplinada . *Revista Chilena de Antropología*, 9-50.
- Kusch, R. (1975). *America Profunda*. Buenos Aires: Bonum.
- Kusch, R. (1976). *Geocultura del hombre americano*. Argentina: Fundación Ross.
- Martínez Smart, L. (1956). *Fatalidad. 32 grandes exitos de Julio Jaramillo*, J.D. Feraud Guzmán.

- Martínez, L. (1987). El provinciano. *Colección Doble Platino Olimpo Cardenas*, Disquera: Circulo Musical.
- Nancy, J. (2001). *La comunida desobrada*. Madrid: Arena Libros.
- Polo Campos, A. (2017). Cuando llora mi guitarra. *Éxitos Inolvidables, Vol. 2 Julio Jaramillo*, Disquera: ISYPPdigital.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Economica.
- Saltos Quijano, R., & Carpio Abad, R. (1982). Hoja Seca. *En la mitad del mundo, Duo Benitez y Valencia*, Discograficas Rondador.
- Sansores Prén, R. (2018). Amor Dolor. *1er sencillo del disco: Cuatro Décadas de Canto Apasionado. Paulina Tamayo.*, Quito.
- Slavoj, Z. (2005). *El Acoso de la Fantasía*. Mexico: Siglo XXI.
- Troilo, A. (1942). *Malena*. Buenos Aires: RCA Victor.

Anexos



ORQUESTA DEL MAESTRO LUCHO BERMUDES

LIBARDO CORAL CANTANTE BARITONO

INSTITUTO NACIONAL DE RADIO
Y TELEVISION inravisión

V CANAL 7 BOGOTA COL.
FOTO "CHINO VERA"





MARINO CORAL

60 LEYENDA NARIÑENSE
AÑOS DE HISTORIA MUSICAL

1958

2018

CORAL EN HISTORIA MUSICAL

ROSARIO CORAL "LA CHAVITA"

CONTINUACION DE UNA "TRADICION MUSICAL NARIÑENSE"

Coleccionista, Propietaria y Fundadora del "Bar Los Chavos" desde 1980 hasta la presente,
Hoy administrada por sus hijos Stella, Jaime y sus nietos: Gina, Andrea, Alex, Diego y
Sandra Coral

